

Selección



EL DESCUARTIZADOR

CLARK CARRADOS

La señora Edwards había visto en sus bien conservados cuarenta años muchos fenómenos meteorológicos, entre los cuales, por supuesto, figuraba la lluvia, pero nunca había visto llover lo que aquel mediodía llovió en su jardín, cayendo de un cielo sin apenas nubes.

De pronto, algo cayó de las alturas y se estrelló con sordo «chap», contra la hierba del jardín.

El caniche ladró de nuevo. Luego se acercó a la cosa caída del cielo, la husmeó y volvió a ladrar. Finalmente, se arriesgó a cogerla con los dientes, hecho lo cual, volvió junto a su ama y le tocó en una pierna con su patita delantera, para llamarle la atención.

La señora Edwards volvió la vista. Entonces pegó un chillido que se oyó en cientos de metros a la redonda.

Tenía motivos para chillar. Lo que *Potty* sostenía entre sus colmillos era una mano humana, cortada a ras de la muñeca. Todavía había algo de sangre fresca en el sitio donde se había producido la amputación.



Clark Carrados

El descuartizador

Bolsilibros: Selección Terror - 23

ePub r1.0
Titivillus 05.01.15

Título original: *El descuartizador*
Clark Carrados, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La señora Edwards había visto en sus bien conservados cuarenta años muchos fenómenos meteorológicos, entre los cuales, por supuesto, figuraba la lluvia, pero nunca había visto llover lo que aquel mediodía llovió en su jardín, cayendo de un cielo sin apenas nubes.

Las pocas nubes que habían eran blancas, panzudas, y se mecían a impulso de una suave brisa que aliviaba gratamente la cálida temperatura del verano de Riverdale. Los informes meteorológicos anunciaban persistencia del buen tiempo y nulo riesgo de precipitaciones acuosas.

Claro que los expertos de la meteorología del estado de California no podían predecir lo que iba a llover aquel día en Riverdale. Por lo que un chusco comentó después, era la primera vez que en California, y en Riverdale, «naturalmente, llovían tales cosas».

La señora Edwards estaba sentada a la sombra de su porche, en una tumbona, disfrutando de la vida en compañía de su caniche *Potty*, de una revista de chismes más o menos sociales, de un paquete de cigarrillos y de un monumental vaso de refresco.

Además, estaba muy ligerita de ropa, porque aunque luchaba heroicamente con el peso, todavía no había perdido la batalla de la esbeltez, ni mucho menos, y aún hacía volver la cabeza a más de uno, cuando iba por la calle.

De pronto, algo cayó de las alturas y se estrelló con sordo «chap», contra la hierba del jardín.

Potty lanzó un ladrido. La señora Edwards lo ignoró, abstraída por el momento en las andanzas de cierta conspicua dama de la *jet-society*.

El caniche ladró de nuevo. Luego se acercó a la cosa caída del cielo, la husmeó y volvió a ladrar. Finalmente, se arriesgó a cogerla con los dientes, hecho lo cual, volvió junto a su ama y le tocó en una pierna con su patita delantera, para llamarle la atención.

La señora Edwards volvió la vista. Entonces pegó un chillido que se oyó en cientos de metros a la redonda.

Un automovilista que pasaba tranquilamente por la avenida en la cual se hallaba emplazada la residencia de los Edwards, oyó el chillido, se asustó, creyó que degollaban a alguien, volvió la cabeza, perdió el control de su coche y se estrelló contra un farol.

La señora Edwards seguía chillando frenéticamente.

Tenía motivos para chillar. Lo que *Potty* sostenía entre sus colmillos era una mano humana, cortada a ras de la muñeca. Todavía había algo de sangre fresca en el sitio donde se había producido la amputación.

* * *

Un kilómetro más allá, la señora Mac Hale estaba bañándose en su piscina particular.

Algo cayó del cielo y chapoteó con tremenda fuerza.

La cosa flotó luego unos instantes. La señora Mac Hale vio aquella cosa y abrió la boca para chillar de espanto, pero casi se ahoga, porque se había olvidado de que estaba en el agua.

El objeto que flotaba era una pierna humana, cortada a la altura de la rodilla. Aún sangraba un

poco.

La señora Mac Hale era joven y muy guapa. Nadó aprisa para salir de la piscina y, con los esfuerzos, se le desprendió la parte superior de su traje de baño de dos piezas. La señora Mac Hale no reparó en semejante minucia, mientras corría frenéticamente por la calle en busca de un policía, olvidada, en su espanto, de que tenía un teléfono en casa.

Cad Charmus estaba de muy mal humor. El chillido de la señora Edwards le había hecho irse contra un poste, aunque, por fortuna, la velocidad de su coche no era muy grande y el percance se redujo a una buena abolladura en el morro del vehículo. Pero entonces fue cuando vio a aquella bella mujer, corriendo desolada por la acera, y, por segunda vez en pocos minutos, perdió el control de su automóvil y se estrelló contra su segunda farola.

Charmus empezó a preguntarse si las mujeres de Riverdale se habían vuelto locas repentinamente. Pero ya la bella señora Mac Hale se había perdido de vista y no se lo pudo preguntar a ella en persona.

* * *

A Jean Lansing le «llovió» un muslo humano.

Un pie cayó en el jardín de la casa de los Sitter, cuando se disponían a tomar el almuerzo al aire libre. El pie cayó en un sillón, justamente el que iba a ser utilizado por la señora Sitter. Su marido tuvo que hacer denodados esfuerzos para trasladarla a la casa.

Desmayada, la señora Sitter era todo un peso pesado y su esposo no era lo que se dice un hércules.

La anciana señora Welles estaba podando unos rosales de su jardín. Oyó una especie de zumbido y luego un golpe contra la hierba. El golpe se repitió varias veces. Era como si una pelota de fútbol botase sobre el césped.

Lo malo era que aquella supuesta pelota tenía cabellos, cejas, ojos, nariz, boca y orejas.

En resumen, era una cabeza humana. Aún había gotas de sangre en el cuello cortado.

La señora Welles se indignó.

—¡Qué descaro! Tirar cabezas humanas al jardín de una debería estar prohibido por la ley —comentó.

Y luego, olvidándose por el momento de sus rosales, se dirigió al teléfono para presentar las quejas correspondientes ante la autoridad competente. Además, se prometió a sí misma escribir una carta de protesta al *Riverdale Citizen*. Ella no pagaba sus impuestos para que la gente anduviese tirando a su jardín, como si fuese un basurero, las cabezas humanas que les estorbaban en casa.

* * *

A partir de aquel momento, la central de teléfonos de la Jefatura de Policía de Riverdale se «congestionó» de llamadas:

—¡Ha caído un pie en mi casa!

—Me ha llovido un muslo humano.

—El tronco, sí, señor, el tronco, desprovisto de su cabeza y extremidades. Era un espectáculo horripilante…, ni siquiera le habían dejado los calzoncillos puestos.

—Treinta centímetros de brazo humano…

—Una mano derecha…

El jefe de policía de Riverdale empezó a pensar en una epidemia de demencia.

—Pero ¿es que todo el mundo se ha vuelto loco en esta población? —bramó, al conocer el resumen de las informaciones.

La alarma había sido dada ya y todos los agentes disponibles iban de un lado para otro, recogiendo fragmentos de cuerpo humano y tomando declaraciones a los afectados por el extraño fenómeno. El forense había también entrado en funciones, como era lógico.

A media tarde, el forense pudo «recomponer» dos cuerpos humanos, un hombre y una mujer, ambos de raza blanca y jóvenes. Él contaba unos treinta y dos años en el momento de morir y ella unos veintisiete.

—Los cortes han sido ejecutados de una manera chapucera, con muchas prisas, diría yo. Hacha y serrucho, sobre todo —declaró el forense, después de un rápido examen de aquel macabro rompecabezas.

A Ray Barton le interesaba la forma en que había muerto la pareja.

—No puedo anticipar nada todavía —contestó el forense—, aunque me inclino por una narcosis previa.

—Es decir, que murieron en estado de inconsciencia.

—Probablemente, casi con toda seguridad. Después, los decapitaron y trocearon, esparciendo sus restos en un área de unos dos kilómetros cuadrados…, pero averiguar la forma en que lo hicieron es cosa suya y no mía.

Ray Barton asintió preocupadamente.

A juzgar por lo poco que sabía de lo sucedido, empezaba a pensar que se le planteaba el caso más complicado de toda su existencia.

El forense se marchó, prometiendo enviarle más tarde un informe detallado. En cuanto a Barton, empezó a dar órdenes a diestro y siniestro. Lo primero que había que hacer era averiguar la identidad de los despedazados.

Luego se dispuso a encararse con los periodistas, que aguardaban ávidamente en el antedespacho. La noticia se había corrido por Riverdale como reguero de pólvora y era preciso tener bien informada a la opinión pública.

* * *

Frotándose la rodilla derecha, bastante dolorida a causa del segundo golpe recibido, Cad Charmus se disponía a entrar en el hotel, cuando, de pronto, se tropezó con una cara conocida.

Y bastante agradable, incluso en los linderos de la madurez. Charmus sonrió.

—¡Helen! ¡Helen Ross! —exclamó.

La mujer le vio y sonrió también a la vez que extendía sus manos hacia las de Charmus.

—Cad, querido, qué agradable sorpresa encontrarte aquí —dijo con dulzura—. Riverdale es el último lugar del mundo donde habría esperado verte.

—Lo mismo podría decir yo de ti, ¿no crees? —contestó el hombre—. Helen, déjame que te diga que estás guapísima, arrolladoramente hermosa, te lo aseguro.

Ella se esponjó, visiblemente halagada por los elogios. Era una mujer de unos cuarenta años, de silueta más bien abundante.

Charmus se dio cuenta de la indumentaria de la mujer, así como del sorprendente hecho que significaba el que Helen no llevase una sola joya sobre sí. Tampoco iba maquillada y sus pies estaban calzados con unas sencillas sandalias de fibra.

—¿Qué me miras? ¿La ropa? —preguntó Helen, dándose cuenta de la extrañeza que se reflejaba en el rostro del hombre—. Ahora visto siempre así, sencillamente, sin el menor adorno. No más joyas, no más cosméticos, sencillez y simplicidad en todo. Incluso en mi vida privada, Cad.

Charmus abrió la boca, estupefacto.

—¿También… en tu vida privada, Helen? —exclamó.

—Sí, justamente —contestó ella, sonriendo con dulzura.

Siete u ocho años antes, cuando Charmus contaba solamente unos veinticuatro, había conocido a Helen, entonces una espléndida mujer de treinta y dos años, con una viudedad, dos divorcios ya a cuestas y el tercero en puertas. Habían sostenido un tórrido romance, que no llegó a más, porque Charmus se dio cuenta de que se deslizaba por un terreno peligroso y cortó a tiempo. Pero, de cuando en cuando, había tenido noticias de la ajetreada existencia de Helen, de sus escándalos y de sus amoríos, y también de sus dos matrimonios subsiguientes. Oír lo que ella le decía sobre sencillez, incluso en la vida privada, le pasmaba.

—Bueno, habrás cambiado de modo de pensar —dijo.

—Me han hecho cambiar de forma de pensar —puntualizó ella. Su mirada se hizo casi extática de repente—. El encuentro con el gran Khiver ha alterado mi vida radicalmente.

—¿Khiver? —repitió Charmus, atónito—. ¿Tu… esposo…?

—Oh, no, no, ya no he vuelto a casarme. Ni me casaré jamás otra vez —contestó Helen con expresión de absoluta seriedad—. Estoy purificándome en todos los sentidos y es el gran Khiver-Dhu el que lo ha conseguido. Ahora, precisamente, me dirigía a tener una entrevista de meditación conjunta con él, mi maestro, el señor de la inteligencia.

—Bueno, me dejas… No sé qué decirte, Helen. Oírte hablar así hace que uno sienta que le da vueltas la cabeza.

Ella le acarició suavemente una mejilla.

—Hemos de dejar a un lado y para siempre los placeres materiales, querido —dijo—. Con un poco de voluntad, las flaquezas de la carne desaparecen. Entonces, es la mente lo que nos domina y nos hace sentirnos seguros de nosotros mismos y del papel que hemos de desarrollar durante nuestra mísera existencia. Pero ya hablaremos luego, cariño. ¿Te hospedas aquí, Cad?

—Sí, estaré unos días…

—Ven a la noche y cenaremos juntos en mi *suite*. Por supuesto, tú pedirás lo que te apetezca;

yo sólo como vegetales y no en demasiada cantidad. Es lo mejor para el cuerpo y para el alma. Hasta luego, querido.

Había un taxi esperando a la bella mujer frente a la puerta del hotel. El asombro de Charmus era tal que incluso se había olvidado del dolor de su rodilla.

CAPÍTULO II

—He leído la edición extraordinaria del *Citizen* —dijo Charmus, mientras encendía un cigarrillo, sentado indolentemente en un ángulo de la mesa del jefe de policía de Riverdale.

Barton asintió preocupadamente.

—Sí, es cierto. Jamás había ocurrido aquí una cosa semejante —manifestó—. Riverdale es una población de tipo residencial, tranquila y habitada, en general, por personas de elevado nivel de vida. Tenemos nuestros vicios, es cierto; no constituimos una comunidad inmaculada, pero, en un elevado término medio, lo que podríamos llamar nivel de decencia, es aquí mucho más alto que en otras poblaciones de similar y aun superior número de habitantes.

—Un buen argumento para los que quieran venir a establecerse en Riverdale —sonrió Charmus.

—Sí, siempre que no se produzcan cosas como las que han ocurrido hoy antes de mediodía. Cada ciudad suele tener su lema o *slogan* turístico o de atracción de forasteros, pero no me gustaría que se dijera, por ejemplo: «Riverdale, la ciudad donde llueven trozos de cuerpo humano».

Charmus se echó a reír ante el lógico enojo de su interlocutor. Ray Barton contaba unos cuarenta y tantos años de edad, pero los dos hombres eran muy amigos, precisamente porque Barton lo había sido del padre de Charmus.

—No te preocupes —dijo—, no se dirá nada semejante de nuestro pueblo. Y, a propósito, ¿han sido identificadas las víctimas?

—No, todavía no, y también espero el informe definitivo del forense. Se supone que fueron narcotizadas antes de ser troceadas.

—Y lanzadas al espacio.

—Sí, pero ¿cómo?

—Tienes un bonito problema, Ray —dijo Charmus—. Resolverlo no va a ser nada fácil.

Barton suspiró melancólicamente.

—Eso me temo. Y también me temo los palos del alcalde, de los ciudadanos conspicuos y no tan conspicuos y los del periódico local, sin contar con la turbamulta de informadores que se abatirá sobre esta ciudad en cuanto se divulguen con más amplitud las noticias del hecho.

—Esos problemas tienen más fácil solución, Ray —aseguró Charmus. Puso la colilla de su cigarrillo sobre un cenicero y se apeó de la mesa—. Tengo un compromiso —declaró.

—Joven y bonita —sonrió el jefe de policía.

—Bonita, pero ya no tan joven. Se trata de una antigua amistad. No hay nada entre nosotros.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Pase —dijo Barton.

Un hombre uniformado, con galones de sargento en las mangas de su camisa, hizo su aparición en el despacho.

—Identificadas las víctimas, jefe —informó el sargento Lomm—. Clara y John Vallez, hermanos, residentes en Colina Alta Road, número cuatrocientos.

—No me suenan esos nombres —dijo Barton.

—En realidad, sólo llevaban cinco semanas en Riverdale, señor. Tenemos entendido que habían venido para pasar una temporada y establecerse definitivamente, si la ciudad les gustaba.

—Pero no han tenido tiempo de apreciarlo por completo —mascculló el jefe de policía, a la vez que se ponía en pie—. ¿Nos acompañas, Cad? —Invitó—. Quizá te guste ver la casa de las víctimas.

Charmus hizo un gesto con la mano.

—No, gracias, ya sabes que tengo un compromiso. A propósito, ¿cuándo te parece que empiece a venir por tu departamento?

—El nombramiento no es todavía oficial, así que puedes tomarte unos días de descanso. Te alojas en el Sun Hotel, creo.

—Sí, Ray.

—Allí te llamaré, si te necesitase para algo. Deséame suerte, muchacho —solicitó Barton quejumbrosamente.

—Con todo mi corazón —rió Charmus, divertido ante las perplejidades y el enojo en que se debatía su amigo.

* * *

—El departamento de policía me ha contratado como su asesor legal —declaró Charmus—. Es un contrato a prueba por seis meses; pasado ese plazo, si ambas partes, pero más la contratante, claro, están satisfechas, el contrato se prorrogaría indefinidamente. Es decir, entraría a formar parte de la policía de Riverdale.

—Sí, pero ¿para qué necesita un abogado el departamento de policía? —preguntó Helen, indolentemente sentada en un diván, en la sala de la *suite* que ocupaba en el hotel.

—Bueno, a veces se le presentan conflictos con los ciudadanos, que demandan a tal o cual agente por hechos que pueden suponer quebrantamiento de sus derechos. Alguien tiene que defender a ese supuesto infractor, ¿no?

—Sí, entiendo. Pero, dime, Cad, ¿no es un empleo poco acorde con tus cualidades y aspiraciones? Porque, me imagino, el sueldo no será excesivo.

—Bien, en realidad no voy a pasarme el día en la Jefatura. El contrato, por otra parte, no impide que yo tenga mi bufete particular.

—Tenías una buena clientela en San Francisco —alegó Helen—. Allí hubieras podido prosperar muchísimo más.

—Riverdale me gusta. No sólo es mi pueblo, sino que se vive de una forma tranquila y sin los sobresaltos que se padecen en una gran ciudad. Por otra parte, conviene no olvidar que el dinero no lo es todo.

—No me lo reproches, Cad. Yo no tengo la culpa de ser tan rica. Heredé a mis padres, heredé a un marido…

—Sí, pero yo me conformo con lo que tengo. Demasiado dinero, a veces, puede hacer daño, aunque no lo digo por ti, claro. Y hablando de otra cosa, ¿sabes que estás guapísima con esos ropajes?

Helen sonrió, visiblemente halagada.

—¿Te gusto así, Cad? Las enseñanzas que he recibido del gran Khiver-Dhu me han hecho abominar de ropajes costosos y de las joyas. Desde que voy a visitarle, me siento mejor, más ágil no sólo física, sino mentalmente.

—En una palabra, estás en camino de convertirte en otra mujer.

—Sí, Cad —confirmó ella con voz grave—, una mujer enteramente distinta de la que conociste hace siete u ocho años en San Francisco. Cada día que transcurre me siento menos ligada a las flaquezas y debilidades de la carne. En mí, el espíritu empieza a predominar sobre la materia perecedera.

Charmus miró estupefacto a la bella mujer que tenía frente a sí. ¿Era posible una tan radical transformación en una persona como Helen Ross, de quien, tiempo atrás, una impúdica publicación semiclandestina había dicho que era la Mesalina de California?

Ella vestía ahora una especie de saco con sólo tres aberturas, para la cabeza y las manos, como un largo poncho cerrado, de finísimo tejido de lana blanca. El pelo, rojizo y abundante, caía suelto sobre su espalda.

En tiempos, Helen Ross se había distinguido por la audacia de su indumentaria.

Ahora, en cambio…

Ella se puso en pie de pronto y se le acerco, sonriendo. Se colgó de su cuello y le dirigió una ardiente mirada.

—Pero siempre gusta recordar otros tiempos con un viejo y confiable amigo —dijo incitantemente.

Charmus puso las manos en la cintura de la mujer.

Y era aún tan atractiva…

De pronto, llamaron a la puerta.

—Ah, la cena —exclamó Helen, a la vez que se separaba de su anfitrión para dirigirse hacia la puerta—. He creído mejor cenar aquí; resultará más íntimo, ¿no te parece, Cad?

—Tienes toda la razón —convino él, mientras buscaba el tabaco en los bolsillos de su traje.

Un atildado camarero entró, empujando un carrito con el servicio. Helen le dijo que ella misma serviría la cena y el hombre se marchó.

—¿Tienes apetito, Cad? —preguntó ella.

—Un poco —admitió Charmus.

—Bien, ahora podrás llenar el estómago. Veamos el menú: sopa vegetal, ensalada de frutas variadas, pastel de zanahoria rallada, canapés de col fermentada, empanadillas de lechuga, apio y rábanos…

Charmus sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—¿Ése… es el menú, Helen? —preguntó.

—¡Claro, querido! Ahora soy una vegetariana convencida, ya te lo dije. No pruebo la carne en absoluto, ni siquiera el pescado. En cuanto al alcohol, lo he olvidado en absoluto. Pero ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal? —exclamó ella de repente.

—No, no te preocupes. Cena…, cenaré un poco de sopa y ensalada…

—También hay jugos de tomate y de naranja. ¿Cuál prefieres, Cad?

Charmus se dijo que era un cobarde por no salir huyendo en el acto y, resignado a la penitencia, eligió el jugo de naranja, que iba a sustituir al explosivo *cocktail* que pensaba haber tomado como entrada en la cena.

«Nunca más», se dijo, mientras se tragaba el jugo como si fuese una pócima medicinal.

* * *

Llegó a su cuarto rabiando de hambre. No había pasado mucho tiempo desde la medianoche y se sintió tentado de pedir que le sirvieran un par de huevos fritos con jamón, pero pensó que una noche de abstinencia no le causaría daño alguno. Encendió la luz y se quitó la chaqueta, mientras se prometía a sí mismo que, en lo sucesivo, sólo dirigiría a Helen sonrisas de cortesía.

—Está chiflada —masculló, a la vez que se aflojaba el nudo de la corbata frente al espejo que había sobre una consola.

De repente, observó un movimiento en la pared opuesta, junto a una de las ventanas.

Había allí unas largas cortinas, que ocultaban el hueco por completo. Detrás de las cortinas, indudablemente, había alguien.

Charmus no se inmutó. Simulando ignorancia, terminó de quitarse la corbata y luego se desabotonó la camisa. A continuación se dirigió hacia la cabecera de la cama.

De repente, saltó hacia adelante y disparó el puño derecho. Se oyó un grito de dolor.

Charmus metió las manos a través de la abertura de las cortinas y agarró un brazo. Tiró con todas sus fuerzas y una persona irrumpió en la habitación, dando varias vueltas sobre sí misma, antes de caer sentada en el centro, sobre una alfombra.

El rostro de Charmus expresó una sorpresa total.

—Una mujer —exclamó.

Ella se frotó el estómago dolorido.

—Según mi silueta, mi pelo y mi voz, eso es lo que soy —confirmó, con voz llena de irritación.

CAPÍTULO III

Era joven y muy hermosa, de abundantes cabellos oscuros y tez tostada. Su vestimenta consistía en una malla entera de color negro y unos zapatos blandos, sin tacón, del mismo color. No llevaba joyas ni anillos, ni siquiera pendientes.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi habitación? —preguntó Charmus, rehaciéndose de la sorpresa sufrida.

La joven se puso en pie. Charmus observó que era más alta de lo que aparentaba. Su silueta, de una notable esbeltez, no dejaba lugar a dudas de su condición de mujer.

Ella le miró con cierto aire de perplejidad.

—Sospecho que me he equivocado —dijo.

—¿Cómo?

—¿Qué habitación es la suya?

—Trescientos doce, señorita. Por cierto, todavía ignoro su nombre…

La chica se pegó una palmada en la frente.

—¡Qué estúpido error! —se lamentó.

—Sospecho que no quería entrar en mi cuarto —adivinó Charmus.

—Exactamente. Le ruego me dispense. Ha sido una equivocación, que soy la primera en lamentar.

—Muy bien, señorita. Acepto sus excusas, pero quiero saber su nombre. Yo me llamo Cad Charmus.

—Edna Purvell —dijo la chica—. Y ahora, con su permiso…

—¡Un momento!

—¿Qué quiere ahora? ¿No le he dado excusas? He sufrido un error, eso es todo.

—No, no es todo —contradijo él—. Usted no ha entrado en mi cuarto por la puerta, puesto que la llave estaba en mi poder. Por tanto, ha utilizado otra vía de acceso.

—Elemental, querido Watson —dijo Edna burlonamente.

Charmus la miró con fijeza un instante. Luego, de pronto, dio media vuelta y se acercó a las cortinas, que apartó de un manotazo.

La ventana estaba abierta. Sacó el cuerpo fuera y vio una escala de cuerda, sujeta al antepecho. Había dos pisos más antes de llegar al suelo de la trasera del hotel.

Comprobadas sus sospechas, se volvió hacia la joven. Edna, de puntillas, se acercaba a la puerta.

—No se mueva o disparo.

La chica levantó las manos en el acto.

—No tire, me rindo —dijo, sin volverse.

Charmus sonrió. Cruzó la estancia y se situó ante la puerta, apoyando en ella los hombros.

—Estoy desarmado.

—Oh —dijo Edna, furiosa.

—Pero quiero saber por qué entró en el hotel a deshoras y siguiendo la vía propia de los ladrones.

—No tengo nada más que decir, señor Charmus. —La barbilla de Edna se alzó orgullosamente.

—Llamaré a la policía. Es lo que procede en un caso como el presente, a menos que usted justifique su presencia de modo convincente.

Edna vaciló.

—Iba a entrar en otra habitación —dijo.

—Eso ya lo sé. Pero quiero conocer también los motivos.

Ella extendió las manos, juntas.

—Soy una ladrona. Adelante, llame a la policía —dijo.

—Lleva usted las ropas propias de un «rata de hotel», según los módulos clásicos. ¿A quién pensaba robar?

—No se lo diré. En todo caso, hablaría delante de mi abogado.

—Yo soy abogado, Edna.

—Entonces, defiéndame usted.

—De acuerdo, pero dígame qué y a quién quería robar.

—Se lo diré, cuando ya esté detenida, no antes, claro.

Charmus alzó los brazos al cielo.

—¡Qué mujer! —clamó—. Está bien, váyase.

Edna avanzó hacia la puerta, pero Charmus hizo un signo negativo.

—No, no, ése no es el camino —dijo.

La chica sonrió.

—¡Qué tonta soy! —dijo—. Gracias, señor Charmus.

De pronto, se puso en pie y le besó en una mejilla.

—Se lo merece —exclamó.

Y luego, ligera como una sílfide, corrió hacia la ventana y se descolgó por la escala de cuerda. Charmus se asomó, pero ya sólo consiguió ver una fugaz sombra que se perdía rápidamente en la oscuridad.

Charmus se preguntó si había hecho bien dejándola ir libre. En todo caso, ya era tarde para lamentaciones.

Y, además, aquella chica no parecía una ladrona.

—Profesional, se entiende —concluyó a media voz sus reflexiones.

Después de ello, se acordó de la catastrófica cena de que había «disfrutado» aquella noche y como tenía hambre, pensó que lo mejor era engañarlo con el sueño.

—Ya me desquitaré con el desayuno —se dijo resignadamente.

* * *

—Tengo más noticias para ti —dijo Ray Barton a la mañana siguiente, por teléfono.

—Iré a tu despacho, será lo mejor —contestó Charmus.

Media hora más tarde, los dos amigos estaban reunidos de nuevo. Tras los primeros saludos, Barton dijo:

—Estuvimos en la residencia de los Vallez. Eran gente adinerada, por supuesto. Todo estaba

en orden y no faltaba absolutamente nada. Pero seguimos sin entender por qué fueron despedazados y de dónde cayeron.

—¿Tienes el informe del forense?

—Aún no, lo estoy esperando de un momento a otro. De la casa donde vivían los dos hermanos, se ocupaba una mujer que iba solamente por las mañanas, es decir, no tenían servicio fijo. La declaración de esa mujer no ha aportado nada nuevo, excepto que parecían muy devotos, casi místicos, y que eran vegetarianos puros.

—¡Vegetarianos! —resopló Charmus, acordándose de la cena de la víspera.

—Sí, muchos lo son. No veo por qué tienes que extrañarte, Cad.

—Era sólo una expresión de… Bueno, no importa. De modo que devotos y místicos.

—Sí. Murmuraban unas extrañas oraciones, según la mujer de la limpieza, y pasaban largos ratos sumidos en meditación, en sus habitaciones propias. No te extrañe, Cad; ya sabes que California es el paraíso de las sectas religiosas más disparatadas y que aun la más absurda de ellas, encuentra seguidores.

Sin saber por qué, Charmus se acordó de Khiver-Dhu, aunque, por el momento, no quiso mencionar el nombre.

—Sí, lo sé —admitió—. Pero fueron muertos de una manera horrible y lanzados sus pedazos al espacio… ¿Cómo? ¿Se te ha ocurrido el procedimiento?

—Un avión tal vez, pero nadie vio ninguno volar sobre Riverdale ni mucho menos oyó el ruido de sus motores.

—La altitud a que volaba ese avión podría deducirse tal vez de las huellas del impacto en los trozos de cuerpo recogidos —sugirió Charmus.

—Veremos lo que consigue el forense —dijo Barton.

De pronto, sonó el teléfono. Barton levantó el aparato.

—Señor, el doctor Waylie al habla —sonó la voz del encargado de la centralita.

—Muy bien, adelante.

Charmus se inclinó un poco y presionó la tecla del altavoz conectado al teléfono. La voz del forense sonó de inmediato:

—Buenos días, jefe. Tengo para usted un informe bastante adelantado, aunque todavía me faltan algunos detalles por concretar. Pero he averiguado dos hechos sorprendentes.

—¿Sí, doctor?

—Primero, Clara y John Vallez no fueron narcotizados antes de su despedazamiento.

No he encontrado en sus vísceras el menor rastro de narcóticos o drogas.

—¿Seguro?

—Razonablemente seguro, jefe. El segundo descubrimiento —prosiguió el forense—, consiste en rectificar mi primer diagnóstico. Entonces dije que el troceamiento había sido hecho de una manera chapucera. No fue así.

—Dígame cómo, doctor, no me tenga sobre ascuas.

—Jefe… —la voz del doctor Waylie se hizo repentinamente insegura—, ima…, imagínese usted un pollo vivo en sus manos… Usted es lo suficientemente fuerte para hacerlo pedazos a tirones… Ahora le arranca una pata, luego un ala, después otra pata, más tarde la cabeza…

La nuez de Barton subió y bajó convulsivamente.

—No siga, doctor —pidió.

—Tiene que saberlo, jefe. A Clara y a John Vallez les dieron muerte arrancándoles los miembros de la manera más salvaje y brutal que nadie pueda imaginar. El acto final de esa inimaginable carnicería fue el desprendimiento de la cabeza a tirones —concluyó Waylie su sensacional informe.

* * *

Charmus y Barton tuvieron que tomar dos tazas de café seguidas cada uno, para superar el mal rato sufrido al escuchar el informe del forense.

—Horrible, horrible —calificó Barton, cuando se sintió con fuerzas para hablar.

Charmus encendió un cigarrillo. Inhaló el humo profundamente y dijo:

—Quiero pedirte un favor, Ray. De forma particular, se entiende.

—¿Sí, Cad?

—Déjame investigar. Por mi cuenta y sin interferir las pesquisas de tus hombres. Por supuesto, te informaré de todo cuanto llegue a averiguar por mí mismo.

—No hay inconveniente —accedió Barton.

Charmus se levantó.

—La mente humana es indescifrable —dijo—. Cada persona es un mundo, pero ¿qué mundo tan extraño se alberga en la mente de la persona que cometió un crimen tan horrible?

—No me hagas pensar ahora —suplicó Barton—. Después de haber oído al doctor Waylie la metáfora del pollo despedazado a tirones, creo que me haré vegetariano.

—No sería mala idea…, por una temporada —se despidió Charmus.

Abandonó el edificio de Jefatura y se dirigió al hotel. Estacionó su coche en las inmediaciones y caminó a pie los últimos metros.

Entró en el hotel por la puerta que daba al bar, que le pillaba más próxima. Apenas cruzó el umbral, vio un rostro conocido.

Edna Purvell estaba encaramada en un taburete, vuelta de espaldas a la barra, con los codos apoyados en la misma. Parecía como si la chica hubiera adoptado aquella postura con el deliberado propósito de hacer resaltar los innegables encantos de su figura. Sobre todo, si se tenía en cuenta el audaz estilo de su indumentaria: blusa sin mangas y sin espalda, y una falda que apenas si merecía el nombre. Los zapatos, de color rojo vivo, eran de suela muy gruesa y tacón en consonancia.

Charmus se acercó a la joven. Ella volvió los ojos y sonrió.

—Hola, Cad —dijo.

—¿Qué tal, Edna?

—Ya ve, pasando el rato.

Charmus giró la cabeza ligeramente.

—Desde aquí se divisa buena parte del vestíbulo —observó—. Se ve el mostrador de conserjería, el centro y el arranque de la escalera, así como una puerta de ascensor. Todo el que

baje de los pisos superiores o se dirija a ellos, caerá dentro de su radio de vigilancia visual, Edna.

—Exactamente —corroboró ella con dulce sonrisa.

—Y ¿a quién vigila, si se puede saber?

—No se puede saber, Cad.

La chica se apeó del taburete y recogió el bolso, que tenía sobre el mostrador.

—Adiós —se despidió lacónicamente.

Edna salió a la calle. «Camina como una gacela», pensó Charmus.

Pero luego se dijo que tenía que pensar en otras cosas, tal vez no más interesantes, aunque sí más urgentes, y dejó el bar para dirigirse a la recepción.

—Llame a la habitación doscientos dos —pidió—. Pregunte a la señora Ross si puede recibirme. Soy Cad Charmus.

—Lo siento, señor Charmus —respondió el conserje—. La señora Ross salió hace cosa de media hora. Ignoro cuándo regresará, pero si desea que le avise…

—Sí, gracias, hágalo. Aguardaré en mi habitación —manifestó el joven.

CAPÍTULO IV

El teléfono sonó bien pasado el mediodía.

—Cad, me han dicho que querías verme —habló Helen Ross.

—Sí, es cierto.

—Es curioso —le interrumpió ella—, yo también quería verte. Estoy libre en mi habitación; ven cuando quieras. Ah, entra sin llamar; es posible que me encuentres en el baño.

—Muy bien.

Momentos más tarde, Charmus abría la puerta de la *suite* en donde se alojaba su amiga.

—Ya estoy aquí —gritó.

—Acércate —contestó Helen.

Charmus cruzó la sala y el amplio dormitorio y se asomó al baño.

—Eh, tú, no mires, desvergonzado —dijo ella desde la nube de espuma en la que se hallaba sumergida.

—Hay mucho que mirar, ¿no crees? —Sonrió Charmus.

—Eso era hace diez años. Entonces tenía la silueta de una chiquilla. Ahora estoy gorda y fofa…

—Tiras piedras a tu propio tejado. Muchas de esas chiquillas que tú dices querrían tener tu figura, Helen.

—Gracias, Cad —dijo ella—. La adulación nunca desagrada. Pero no hemos venido aquí para discutir de temas de estética femenina.

—Con lo que estoy viendo, no se puede discutir de otra cosa, Helen.

—Sólo me ves la cabeza, los hombros y los brazos… Bueno, hemos dicho que no íbamos a seguir discutiendo sobre el particular.

—Muy bien. En tal caso, dime qué es lo que quieres de mí.

—Verás… Tú eres abogado, Cad.

—De eso vivo, hermosa.

Bruscamente, Charmus notó un extraño olor en el ambiente, dulzón y pesado, parecido en cierto modo al del incienso, aunque más intenso y mucho menos agradable.

—Helen —exclamó, antes de que ella pudiera hablar—, ¿a qué diablos huele aquí?

—Oh, ¿lo has notado? He echado al agua de la bañera un frasco de extracto de «Hierbas de la Purificación». Lo hago a diario, Cad.

—Hierbas de… Helen, demonios, ¿qué es eso?

La mirada de la mujer se hizo de repente extrañamente vaporosa.

—El baño purifica mi cuerpo y el aroma del extracto purifica mi mente —contestó.

Charmus se pasó una mano por la cara.

«¿Qué rayos le habrá pasado? ¿Estará loca de veras?», pensó.

—Bien… —carraspeó con fuerza y siguió—: Celebro tus ansias de purificación, pero dime para qué querías verme.

—Ah, sí, es cierto —exclamó ella—. Cad, tú eres abogado. Por tanto, nadie mejor que tú para aconsejarme en la redacción de mi testamento.

* * *

Charmus frunció el ceño.

—Creí que lo tendrías hecho, Helen —dijo.

—Sí, pero deseo modificarlo de una manera radical. Además, quiero hacer un importante donativo. Esto, inmediatamente, lo más pronto posible.

—¿Un donativo? ¿A quién?

—A Khiver-Dhu. Doscientos cincuenta mil dólares. Los necesita para la propagación de sus doctrinas purificadoras.

—¡Helen! —barbotó él.

Ella le miró. Sonreía suavemente.

—¿Te extraña mi nueva manera de pensar? Khiver-Dhu me ha cambiado por completo —manifestó—. Si yo muero, él recibirá toda mi fortuna. Pero con sus métodos, viviré aún larguísimos años. No obstante, conviene estar prevenidos, ¿comprendes?

—Helen, ese hombre te ha vuelto loca —dijo Charmus sin rodeos.

—¡Cad! ¿Cómo puedes hablar así de quien es la virtud en persona? —protestó Helen—. Khiver-Dhu es un hombre que no lo parece; diríase que es un santo que vive en medio de la inmundicia actual en que todos nos debatimos. Quiero ayudarle, Cad; y yo misma seré su más fiel ayudante y propagandista. Todo el mundo debe conocer…

—Helen, soy tu amigo. Hemos sido mucho más que amigos. Por eso te seré absolutamente sincero. No haré nada de lo que me pides.

—Hay más abogados en Riverdale, Cad.

—Y también un eficiente departamento de policía.

—No irás a decirme que quieres denunciarlo.

—Lo que pienso hacer es… Bueno, prefiero callar. Ya lo sabrás en su momento oportuno. Pero lo que no haré de ninguna manera es colaborar en un robo.

Dicho lo cual, Charmus giró sobre sus talones y salió del cuarto de baño. Helen gritó, pidiéndole que se detuviera.

—¡Espera, hombre, no seas tan impulsivo! ¡Déjame salir de la bañera y hablaremos de este asunto con más detenimiento!

Charmus se sentía verdaderamente furioso, porque consideraba a Khiver como un embaucador. Una vez en la sala, buscó algo donde encontrar para tomar una copa, pero, de repente, se acordó de la nueva opinión de Helen respecto al alcohol y lanzó una maldición.

La ventana de la sala estaba abierta, aunque se fijó en el detalle sólo de una forma maquinal. Iba a encender un cigarrillo, cuando salió Helen, abrochándose una bata corta de baño sobre su cuerpo opulento. Todavía estaba descalza y sus pies mojados dejaban señales en el suelo.

—Escucha, Cad…

—Escucha, tú —le interrumpió él—. Ya sé que me vas a decir que el dinero es tuyo y que puedes hacer con él lo que te dé la gana. Está bien, si quieres enriquecer a un desaprensivo, allá tú, pero antes, deja que yo lo vea primero. Quiero entrevistarme con ese tal Khiver-Dhu y ver qué

clase de individuo es, ¿comprendes?

—Si tanto insistes… Pero Khiver ha dado un nuevo sentido a mi existencia. Me ha hecho ver lo despreciables que son las cosas materiales, que la carne no es sino puro barro y que con cualquier cosa se puede vivir…

—Ese tipo llama cualquier cosa a un cuarto de millón —refunfuñó Charmus—. Repito, no hagas nada hasta que yo no haya hablado extensamente con él.

—Mi decisión está ya tomada, aunque respeto tu forma de pensar, Cad. De todas formas, ven a verme cuanto antes. Mañana, mejor que pasado.

—De acuerdo, Helen. Ese tipo debe de poseer un gran sentido de la persuasión. ¡Mira que hacerte detestar el alcohol!

Charmus regresó a su habitación, procurando serenar los nervios. Desde allí, se prometió, pediría una botella de buen escocés, para tomar un par de tragos que le hiciesen olvidar el mal rato pasado junto a Helen Ross.

Pero al llegar a su habitación, encontró algo que le hizo olvidarse momentáneamente del *whisky*.

* * *

Abrió la puerta y se detuvo en seco al ver a Edna Purvell en el centro de la estancia.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Edna emitió una sonrisita de circunstancias.

—Acabo de pedir una botella y dos vasos —contestó—. Espero que los traigan de un momento a otro.

—Diríase que ha adivinado usted mis deseos. Pero ¿cómo ha entrado en mi habitación?

—Psé… —Ella hizo un gesto ambiguo, sin querer responder concretamente a la respuesta del joven.

De pronto, Charmus se percató de que aún tenía en la mano la llave de la puerta. Miró a la chica un instante y luego dirigió la vista hacia la ventana, abierta de par en par.

Entonces recordó haber visto abierta una de las ventanas de la sala de la *suite* de Helen. Giró en redondo, cerró con doble vuelta de llave y guardó ésta en el bolsillo.

Luego se acercó a la ventana. Al nivel del suelo de la estancia, por la fachada exterior, corría una cornisa de casi cuarenta centímetros de anchura.

—Sí, he venido por ahí —dijo Edna, como si adivinase los pensamientos del hombre.

Charmus se volvió hacia ella.

—En tal caso, debo deducir que estuvo usted en la habitación de la señora Ross —expresó cortantemente.

—De nada serviría negarlo, Cad —admitió la chica—. Usted también estaba allí…

—La señora Ross, además de muy buena amiga mía, es también mi cliente. No olvide usted que soy abogado, Edna.

—¿Tiene la costumbre la señora Ross de recibir a su abogado cuando se está bañando?

—Y usted, ¿tiene la costumbre de entrar en habitaciones ajenas, sin el permiso de su

ocupante?

—Estuve allí para… Bueno, eso no le importa. El caso es que me di cuenta de que usted iba a salir del cuarto de baño y que no podría alcanzar la puerta sin ser vista. En consecuencia, usé la ventana.

—Y llegó a mi habitación y vio que no podía escapar, por lo que pidió bebida, para que le abriese algún camarero.

Edna sonrió maliciosamente.

—Además, presentía que usted iba a volver muy pronto —dijo—. Me percaté de que estaba muy enojado y pensé que un trago le ayudaría a recobrar el optimismo.

—En eso estamos de acuerdo, pero, dígame, ¿qué pretende usted de la señora Ross?

La chica se puso seria de repente.

—Yo no le diré nada —respondió—, pero cuando hable con ella, pídale que le diga qué ha sido de ciertos objetos personales, que pertenecieron a Robur Clayton. Exíjale una respuesta clara y concreta. Le sorprenderá, se lo aseguro.

—¿Quién es Robur Clayton?

—Era —puntualizó Edna—. Mi hermano mayor.

—Pero usted se llama…

—Mi madre se casó dos veces. Yo soy hija del segundo matrimonio.

—Entiendo. ¿Tuvo algo que ver Clayton con Helen Ross?

Edna no pudo contestar. En aquel momento, llamaron a la puerta.

Charmus abrió. Dos mozos del hotel aparecieron ante sus ojos.

Uno de ellos era portador de una bandeja, con una botella, dos vasos y un recipiente con cubitos de hielo. El otro tenía una caja cuadrada, envuelta en el típico papel coloreado de regalo.

—La bebida, señor Charmus.

—Y este paquete que trajeron hace unos minutos para usted.

—Gracias, muchachos. Dejen todo por ahí.

Charmus recompensó a los camareros con sendos billetes de a dólar. Edna se aprestó a servir las bebidas, mientras le miraba maliciosamente.

—¿Es su cumpleaños, Cad? —preguntó.

—No, todavía faltan muchos meses —rezongó él—. No sé quién diablos me envía este paquete, a decir verdad.

—Está muerto de curiosidad. Como yo —rió Edna—. Vamos, hombre, ábralo de una vez.

Charmus rasgó el papel de la envoltura. Debajo había una caja de cartón, cuyas paredes laterales cedieron automáticamente al ser levantada la tapa.

Edna tenía un vaso en la mano y lo dejó escapar, a la vez que pegaba un atroz chillido.

Charmus, por su parte, dio un salto hacia atrás, espeluznado al ver el contenido de la caja.

—¡Quite eso de mi vista! —gritó la chica histéricamente.

Charmus se pasó la mano por la cara. Luego, haciendo un esfuerzo, contempló la cabeza humana que descansaba sobre el fondo de la caja, en el que aún se veían algunas manchas de color rojo oscuro.

La decapitación se había producido casi a ras de la mandíbula. Los ojos de la víctima estaban

desmesuradamente abiertos y en su boca había una mueca de horror infinito.

De repente, Charmus se dio cuenta de un macabro detalle. Vagamente advirtió la existencia de un sobre, adherido a uno de los lados interiores de la caja, con una tira de papel engomado, pero lo que más le llamaba su atención en aquellos momentos era algo muy diferente.

—¡Rayos! ¡Pero… si es…, si soy…!

—¿Qué está diciendo, Cad? —preguntó Edna.

—Se trata de una broma, de mal gusto, evidentemente, pero no es una cabeza humana auténtica. Haga un esfuerzo y mire.

Ella siguió el consejo. Una expresión de asombro se pintó en su rostro.

—¡Es usted! ¡Su vivo retrato, Cad! —exclamó.

—Justamente —corroboró él, al mismo tiempo que rasgaba el sobre que había llegado junto con el siniestro envío.

Dentro del sobre había una breve pero expresiva nota:

> Esto es solamente una fiel reproducción de sus facciones. Pero si no quiere que se convierta en realidad, váyase, váyase inmediatamente de Riverdale.

CAPÍTULO V

—Desde luego, el parecido es asombroso. Si no te viera vivo a mi lado, diría que era tu cabeza —manifestó Ray Barton.

Charmus asintió.

—Es una reproducción de alta fidelidad —comentó sarcásticamente—. Pero no tiene ninguna gracia verse «retratado» de esa manera.

—Te amenazan de muerte, Cad. ¿Quién y por qué?

—Ah, eso es lo que yo también quisiera saber, Ray. Una cosa es cierta: molesto a alguien en Riverdale.

—Y no han encontrado mejor forma de avisarte que enviándote un duplicado de tu propia cabeza. —Barton se estremeció—. Cielos, si hasta la sangre parece auténtica.

—Parece una broma macabra, pero no lo es, Ray. De todas formas, no tengo la menor idea de quién puede ser el autor del envío.

—Tengo ahí afuera a un par de hombres. Haré que se lleven el paquete, con la caja y el papel de envolver. Buscaremos huellas…

—Que yo sepa, sólo tocamos el papel de envolver un camarero y yo. Estoy seguro que el hombre que trajo el paquete al hotel tenía las manos enguantadas.

—Del embalaje se pueden sacar muchas cosas, Cad —dijo Barton con suficiencia—. De todas formas, has hecho bien llamándome al hotel; es mejor que haya visto la cosa en su propio ambiente.

—Su ambiente es el sitio donde reprodujeron mis facciones —masculló Charmus.

—Pero no sabemos dónde está.

Barton se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Entren —ordenó a sus agentes.

Momentos más tarde, Barton y Charmus se quedaban a solas.

—Te pondré una vigilancia discreta —dijo el primero.

—No quiero que recargues el servicio de tus hombres. Déjame sólo una pistola y seis balas, con eso tendré más que suficiente.

Barton se encogió de hombros.

—Como quieras —accedió, a la vez que le entregaba su propio revólver.

El jefe de policía se marchó. Charmus pensó un instante en Edna y se sintió defraudado, porque la chica se había ido sin completar la conversación y sin decirle dónde vivía.

—Aunque tengo la sensación de que voy a verla muy pronto nuevamente —se dijo.

Y, en el mismo momento, llamaron a la puerta.

Abrió. El asombro se dibujó en sus facciones al ver al tipo con ropajes orientales que había al otro lado del umbral.

El individuo vestía como un jeque de la Arabia, con turbante de vivos colores. Al mismo tiempo que se inclinaba profundamente, saludó, llevándose la mano al pecho, a la boca y a la frente.

—Te saludo, noble señor —dijo—. Yo, Abdul, indigno criado y despreciable servidor del

grande y poderoso Señor de la Inteligencia, el dueño de todas las mentes, Khiver-Dhu, me complazco en transmitirle el recado de mi noble amo. El Señor de la Inteligencia te recibirá hoy, a las siete en punto, en su séptimo círculo.

Charmus reaccionó.

—De modo que usted trabaja para Khiver…

—Tengo ese altísimo honor —contestó Abdul.

—Bien, pero ¿cómo ha sabido él que yo quería verle?

Abdul pareció sentirse ofendido por aquella pregunta.

—¿Qué cosa hay en este mundo, que sea ignorada por mi señor? —contestó. Volvió a saludar tan aparatosamente como antes y se marchó por donde había venido.

Al quedarse solo, Charmus consultó su reloj.

Eran las seis y cuarto de la tarde. Tenía tiempo de sobra para acudir a la cita con Khiver-Dhu.

Corrió al teléfono y pidió comunicación con Helen Ross. Al oír su voz le formuló una pregunta:

—Helen, ¿por casualidad le has dicho tú a Khiver-Dhu que yo quería hablar con él?

—En absoluto, querido; no he vuelto a verle ni he hablado con él desde las once de esta mañana, en que nos separamos, después de nuestra meditación conjunta.

La respuesta de Helen dejó a Charmus bastante perplejo. ¿De verdad poseía Khiver los poderes naturales que su amiga le atribuía?

* * *

El edificio era de forma cúbica, blanco, con una cúpula semiesférica en el centro de la parte superior. La puerta tenía la forma típica de herradura, propia de las construcciones árabes, aunque sin el menor adorno.

Había un extenso jardín en torno al edificio. Charmus vio unos cuantos cipreses que proporcionaban una nota agradable al conjunto. Abundaban las rosas en los parterres.

La puerta se abrió por sí sola al acercarse a ella. Una voz que surgía de alguna parte, dijo:

—Atraviese los seis primeros círculos. Encontrará al maestro en el séptimo.

Charmus cruzó el umbral. La puerta se cerró tras él en silencio.

Reinaba una oscuridad casi total. Dio dos pasos y halló algo de luz, de un color azulado muy fuerte.

Cuatro pasos más adelante, el azul se hizo más claro y aumentó la luz. A medida que avanzaba, Charmus pisaba círculos de luz más intensa, siguiendo un orden que no era el del arco iris, sino que se degradaba paulatinamente hacia el amarillo.

De repente, se encontró a un paso del séptimo círculo.

Parecía que hubiese un sol en el suelo. Su resplandor era deslumbrante. Charmus se acordó de sus lentes ahumados y se los puso.

Brotaba del suelo una tenue columnita de humo gris, de la que se desprendía un olor penetrante. Charmus lo reconoció en el acto. «Hierbas de la Purificación», pensó. De pronto, sonó un alarido estridente:

—¡A por él! ¡A muerte al asesino!

* * *

Varios hombres, vestidos con uniformes de color azul oscuro, con botones dorados, se precipitaron sobre Charmus. El joven, sorprendido, apenas si pudo resistirse.

Dos de los individuos le ataron las manos a la espalda. Otro le quitó la corbata. Un tercero le arrancó de un tirón el cuello de la camisa.

Dos más le ligaron los pies. Luego, todos a una, le subieron en volandas hacia el patíbulo que esperaba a pocos pasos de distancia.

—Eh, pero ¿qué están haciendo? —gritó Charmus—. ¿Es que se han vuelto locos?

Los hombres no le hicieron el menor caso. Charmus sintió que llegaban a la plataforma superior. Un tipo de rostro estólido le pasó un lazo en torno al cuello.

Había además un sujeto de negras vestimentas, con alzacuello y una Biblia en la mano.

El pastor habló:

—Hijo mío, antes de dejar este mundo, procura ponerte a bien con Dios. Reza tus últimas oraciones…

—Pero ¿por qué tienen que ahorcarme? ¿Qué he hecho yo? —gritó Charmus, lleno de terror.

En la plataforma había un sujeto de aspecto pomposo, con aire de ser una alta autoridad. Junto a él, se veía a un hombre delgado y de cara fúnebre.

Éste se acercó a Charmus y le puso una mano sobre el hombro.

—Valor, amigo mío. El indulto ha sido rechazado; ahora ya sólo queda morir como un hombre.

El hombre alto y pomposo hizo una señal con la mano. Charmus quiso hablar, pero tenía la lengua pegada al paladar.

Dos manos se le acercaron, sosteniendo un negro capuchón. Charmus dejó de ver cuanto le rodeaba.

De pronto, sintió que el suelo fallaba bajo sus pies. El verdugo, pensó en una fracción de segundo, había accionado la palanca que hacía abrirse la plataforma sobre la cual estaban sus pies.

Cayó a plomo, velozmente. El lazo detuvo su caída con seco chasquido. Sintió un vivísimo dolor en el cuello, le pareció por un instante que le arrancaban la cabeza a tirones y luego sobrevino una consoladora e indolora inconsciencia.

* * *

Abrió los ojos.

Estaba sentado junto al borde del séptimo círculo, con las piernas cruzadas a la usanza oriental. Todavía tenía puestas las gafas de color.

Delante de él había un vaso mediado de un líquido de color ambarino. Se preguntó si vivía o soñaba…, o lo que estaba viendo era algo que sólo se podía contemplar en el otro mundo.

Maquinalmente se pasó la mano por la garganta. La corbata estaba en su sitio y el cuello de la camisa se hallaba intacto.

—Está vivo —sonó de pronto una voz de tonos graves y melodiosos—. Beba sin miedo, lo que hay en ese vaso es *whisky*, detestable bebida a la que, según parece, es usted tan aficionado. No suelo tolerar el alcohol en mi casa, pero debo ser cortés con mis huéspedes.

—¿Es usted Khiver? ¿Dónde está? ¡Quiero verle! —exclamó Charmus.

Un hombre apareció de súbito frente a él, sentado de la misma forma. Tenía el rostro moreno, aunque sus facciones resultaban agradables. Los ojos eran profundos, penetrantes; parecían taladrar la mente.

Charmus abrió la boca. Khiver había surgido de la nada. Un segundo antes, el séptimo círculo estaba vacío; un segundo después, estaba Khiver.

—Debo ser cortés con mis huéspedes —sonrió el extraño individuo—. Usted ha dicho que quería verme y yo, acatando sus deseos, me he corporeizado. Aquí me tiene, amigo mío.

Charmus agarró el vaso y bebió un trago. Sí, era escocés del bueno, se dijo.

—¿Le duele el cuello? —preguntó Khiver solícitamente.

—Antes de contestarle, dígame una cosa: ¿Estoy vivo o me han ahorcado de verdad?

Khiver rió suavemente.

—¿No sabe usted distinguir la ficción de la realidad? —contestó—. No me tendría a mí delante, si estuviese muerto.

—En tal caso, lo que me ha pasado…

—Una simple demostración de mis poderes —explicó Khiver con aparente indiferencia—. Sólo quise que supiera de qué soy capaz…, y en realidad, no ha visto ni siquiera una centésima parte de lo que puedo hacer.

—Hipnotismo —adivinó Charmus.

—Ustedes lo llaman así. Es otra cosa, pero no discutiremos por un simple calificativo, mi joven amigo.

—Me dio un susto de muerte —gruñó el visitante.

—Ésa era mi intención.

—¿Cómo?

—Deje Riverdale o, de lo contrario, lo que sólo ha sido producto de mi mente, se convertirá en terrible realidad para usted —respondió Khiver con voz amenazadora.

CAPÍTULO VI

Sobrevino una pausa de silencio. Charmus miraba fijamente al hombre que tenía frente a sí.

¿Era un mago auténtico o se trataba de un impostor? ¿Cuántos años tenía?

Por sus facciones, aparentaba unos cuarenta años… La voz de Khiver interrumpió bruscamente sus reflexiones.

—Tengo más, muchos más de cuarenta años —dijo—. En realidad, mis años son incontables. Yo estoy por encima del tiempo y del espacio, merced a mis poderes. Vivo casi desde el principio de los tiempos y mi vida se prolongará aún siglos después de que los nietos de sus nietos se hayan convertido en polvo…, claro que ni siquiera tendrá hijos si continúa en Riverdale —amenazó nuevamente.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué quiere que me vaya?

—Es usted un incrédulo, un ente hostil a mí. Yo no deseo la muerte de nadie, pero no permito que nadie desobedezca mis órdenes, cuando estimo que son justas.

—Ah, por lo visto, marcharme de Riverdale es algo justo.

—Según mi punto de vista, sí.

—¿Qué dice del mío? También tengo derecho a opinar, ¿no?

—Siempre que sea lejos de Riverdale, por supuesto.

—Bueno, yo vine a hablarle de la señora Ross…

—Deje en paz a la mejor de mis discípulas, la que será mi fiel colaboradora ahora y mañana y en los siglos venideros. Olvídela, no la vea más o le pesará.

—Usted quiere sacarle el dinero…

—¡Dinero! —dijo Khiver despectivamente—. Pertenece usted a la raza de infraseres que valoran la moneda por encima de todo. Cierto que se necesita, pero sólo en cantidades moderadas y por cuanto me es preciso para propagar mis doctrinas. Pero si viviese en un país de fieles creyentes, no le hubiese pedido un solo céntimo a la señora Ross. Me hubiese bastado su fiel compañía y su aliento para proseguir mi obra.

—Entonces, ¿por qué no se va a un país de fieles creyentes, donde no crean en el dinero? —exclamó Charmus sarcásticamente.

—¿Es que no comprende que mis doctrinas deben propagarse precisamente en un país donde los incrédulos son mayoría? Yo debo hacerles creer, eso es todo.

—A pesar de todo, aconsejaré…

—¡Basta! Usted se irá mañana mismo de Riverdale o no llegará a la noche siguiente. Es todo el plazo que le concedo.

—Muy bien. —Charmus pensó que ya no cabía seguir adelante con la discusión—. Pero antes de irme, quiero que me conteste a una pregunta.

—Estoy siempre dispuesto a satisfacer la curiosidad de mis visitantes —contestó Khiver con acento de humildad, que al joven le pareció notoriamente fingido.

—Lo celebro infinito. Ayer me enviaron un duplicado de mi cabeza, con una reproducción asombrosa de mi fisonomía. Parecía como si me hubieran decapitado, pero es obvio que no fue así, puesto que sigo vivo. Dígame, ¿es usted el autor del envío?

—No.

—Me gustaría creerle.

—¡Basta! —Khiver alzó una mano—. No quiero que mis fieles sirvientes se escandalicen con la presencia de un incrédulo en mi casa, que es la morada de la Sabiduría. Le ordeno que se vaya…, ¡pero no saldrá de la misma forma que ha entrado!

De súbito, todo se hizo negro para Charmus.

Los siete círculos de luz desaparecieron instantáneamente. Khiver se esfumó en el acto.

Un segundo más tarde, Charmus parpadeó.

Estaba en el jardín de la residencia de Khiver. En pie, respirando normalmente y sin haber sufrido el menor daño.

—¡Uf, menos mal! —murmuró para sí, a la vez que se acariciaba el cuello—. Sólo me ha dejado en el jardín. Podía haberme proyectado a la Luna.

* * *

Algo extraño le había sucedido durante su entrevista con el fantástico individuo. Tenía el cuerpo empapado de sudor, por lo que decidió que una ducha le resultaría muy conveniente.

Después de haberse duchado, se secó. Estaba terminando, cuando oyó una voz fresca y juvenil al otro lado de la puerta.

—¡Eh! ¿Es que le gusta pasarse la vida en el baño?

Charmus se puso una bata rápidamente y se enrolló una toalla al cuello. Corrió a la sala y vio a Edna, preparando tranquilamente dos copas.

—En los últimos tiempos, ha tomado usted mi cuarto por la calle Mayor —dijo.

—Sí, lo tengo como un lugar de paso —contestó ella con indiferencia.

—Menos mal que no lo considera como su vivienda —exclamó Charmus sarcásticamente.

Edna le miró de arriba abajo.

—El habitante actual no tiene nada de desagradable —respondió, con su habitual desparpajo—. Pero no he venido aquí a hablar de asuntos de poca monta. ¿Qué le ha dicho la señora Ross de Robur Clayton?

—Aún no he tenido tiempo de preguntárselo. He estado muy ocupado.

—¿Con ella?

—Por ella —dijo Charmus de mal humor.

—¿Qué le sucede a esa devoradora de hombres?

—Hay un tipo que pretende estafarla. Yo quiero evitarlo.

Edna soltó una fuerte carcajada.

—¡Cómo me divertiría si la estafa se convirtiese en realidad! —exclamó.

—Esto no tiene ninguna gracia —refunfuñó él—. Hoy he pasado un rato muy malo, Edna. A usted le hubiera querido ver en mi lugar. Mejor dicho no deseo que le suceda lo que me ha ocurrido a mí.

—Oiga, me está asustando. ¿Tan malo es lo que le ha pasado?

Charmus suspiró. Bebió un trago y se apoyó en una consola cercana.

—No quiero contárselo, porque…

—¡Cuéntemelo! —pidió ella, muy excitada—. Me devora la curiosidad.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Khiver-Dhu?

—¿Quién es ese tipo?

—Esta tarde pensaba yo que era un embaucador. Después de haberme entrevistado con él, ya no estoy tan seguro de ello —dijo Charmus, con acento lleno de preocupación.

Edna escuchó en completo silencio el relato que el joven le hizo de su conversación con Khiver-Dhu. Al terminar, escéptica, dijo:

—Hipnotismo, sugestión… Posee una mente muy poderosa y durante la entrevista, fue el dueño de la suya. Pero no hubo nada más… ¿No dice usted que olía intensamente en el interior del edificio? Un perfume oriental muy fuerte, ¿no?

—En efecto.

—Una droga —aseguró ella, tajante—. Simplemente, afectó a su cerebro y le hizo mucho más receptivo a la sugestión de Khiver. Pero eso es todo, Cad.

—Edna, yo pasé un rato terrible… Le aseguro que la ejecución fue de un realismo asombroso.

—Oh, de la forma en que estaba hipnotizado, tenía que creérselo. Es lógico, Cad.

—¿Y qué me dice de su repentina aparición? Surgió en el centro del séptimo círculo como si se encarnase instantáneamente.

—Otro bonito truco de hipnotismo —dijo la muchacha, que no quería dar su brazo a torcer.

—Yo me encontré de repente en el jardín, sin haber atravesado la casa y sin que nadie me hubiese abierto la puerta…

—Hasta ese momento, la sugestión creada por Khiver dominaba su mente. Estoy seguro de que salió de la casa en trance y que no se despertó hasta que él lo quiso. Es la única explicación lógica y admisible, no le dé más vueltas, Cad.

Charmus refunfuñó un poco. Luego, de pronto, recordó algo.

—Usted vino a hacerme una pregunta sobre la señora Ross —dijo—. Pero me extraña que no quiera formulársela usted en persona.

—Es que quiero que vea la cara que pone, cuando le hable de mi hermano Robur —contestó Edna, muy seria—. No soy una ladrona, aunque haya intentado serlo en este caso. Pero el comportamiento de Helen Ross con mi pobre hermano fue sencillamente canallesco.

—Hablaré con ella, se lo prometo.

—Está bien. —Edna dulcificó su gesto—. Y anímese, hombre. Khiver, a fin de cuentas, no es más que un tipo que, en lugar de hipnotizar a la gente en un circo o en un espectáculo, lo hace en su casa. Lo que, en su caso particular, le rinde mayores beneficios, eso es todo.

Hasta entonces, habían estado sentados. Edna se puso en pie y Charmus la imitó. Al hacerlo, la toalla que tenía enrollada al cuello y que se había aflojado por sí sola, cayó al suelo.

Edna pegó un terrible chillido:

—¡Cad, su cuello!

Charmus se llevó instintivamente una mano a la región señalada.

—¿Mi cuello? Estoy bien, no noto nada —dijo.

—¿De veras? —Los ojos de la chica expresaban un temor—. Oiga, eso que tiene ahí, ¿no es

maquillaje?

Charmus miró fijamente a la chica durante unos instantes. Luego, de súbito, obedeciendo a un repentino presentimiento, corrió al baño y se miró al espejo.

Las piernas le flaquearon. Creyó que iba a desmayarse.

En tomo al cuello tenía una marca de color violáceo y de unos dos centímetros de anchura, de contornos un tanto irregulares y que parecía tener su origen en una cuerda de cáñamo.

Giró sobre sus talones y salió del baño, tambaleándose. Edna le miró y vio que estaba mortalmente pálido.

Con gran rapidez, llenó una copa y se la entregó.

—Beba, lo está necesitando —indicó.

Charmus asintió. Edna también estaba muy pálida.

—¿No habrán simulado el ahorcamiento, estando usted inconsciente, a fin de dejar la marca en su cuello? —sugirió ella.

—Yo ya no sé ni qué creer…

El teléfono sonó de pronto. Charmus se acercó a la mesita donde estaba el aparato y lo levantó.

La voz de Helen Ross sonó inmediatamente en sus oídos:

—¿Eres tú, Cad? Por favor, ven pronto —llamó—. Creo que hay un ladrón en mi *suite*. Tengo mucho miedo, querido…

—No te alteres, Helen —aconsejó él—. Mantén la serenidad y, si puedes, continúa escondida. Ahora mismo iré.

Dejó el aparato en su sitio. Edna le miró inquisitivamente.

—Helen Ross ha recibido la furtiva visita de un competidor de usted, Edna —dijo el joven.

CAPÍTULO VII

En pocos momentos, Charmus se puso unos pantalones y una camisa. Todavía abrochándose los botones de ésta, salió al pasillo y miró a derecha e izquierda.

Edna se apoyó en él para mirar por encima de su hombro y casi le hizo caer. Charmus emitió un gruñido y luego corrió hacia la habitación doscientos dos, seguido de cerca por la muchacha.

Al llegar a la puerta de la *suite* se detuvo un instante y escuchó. Le pareció oír voces humanas al otro lado de la puerta, pero ya no quiso entretenerse más.

Abrió con infinito cuidado. Una voz profunda y penetrante llegó a oídos de la pareja.

—Vengo a liberar tu mente de la tiránica opresión a que la ha sometido un miserable desaprensivo que se autodenomina Señor de la Inteligencia y que no es más que un farsante y un embustero. ¡Yo, Abdul Khaziz, soy el único Señor de la Inteligencia, el grande, el magnífico, el único que tiene poder sobre la vida y la muerte! Helen Ross, te ordeno que olvides a un despreciable ladrón, hijo de las ratas, que se llama Khiver-Dhu. Sólo yo soy tu dueño y…

Charmus empujó la puerta. Helen, vestida únicamente con sostén y pantaloncitos de encaje, estaba sentada en un sillón, con las manos apoyadas en los brazos del mueble.

Tenía los ojos cerrados y respiraba lentamente.

—Creo que aquí nadie es dueño de nadie —dijo el joven, irrumpiendo en la estancia.

Khaziz volvió la cabeza y lanzó un grito de rabia. Luego alargó una mano hacia Charmus.

—¡Conviértete en perro, miserable! —gritó.

Charmus se echó a reír. Luego, de súbito, se abalanzó hacia el individuo y, cargando con la cabeza gacha, le golpeó en el tórax.

Khaziz cayó con los pies por alto, gruñendo de cólera. Charmus lo agarró por las solapas de su traje y le hizo ponerse en pie. Luego le asestó un par de bofetadas, que sonaron como otros tantos pistoletazos.

—¡Bravo! —Aplaudió Edna.

Las ropas de Khaziz eran corrientes. Charmus pensó que el hombre se había vestido así, a fin de no llamar la atención en el hotel. Sin embargo, el nombre de Abdul era sólo una coincidencia; no se trataba del criado de Khiver, que había venido a llamarle aquella misma tarde.

Khaziz estaba derrotado. Todo su orgullo y su altanería se habían esfumado como por encanto.

Charmus lo empujó hacia la puerta desconsideradamente.

—Si querías hipnotizar a la señora Ross, para sacarle el dinero, has perdido el tiempo, amiguito —dijo, a la vez que propinaba al sujeto el puntapié de despedida, nada suave por cierto.

Luego se volvió hacia el interior.

—Helen está dormida todavía —observó.

—Ese tipo es un hipnotizador rápido —comentó Edna.

—Y ella demasiado receptiva —gruñó el joven—. Pero sigue dormida y no sé cómo despertarla —añadió.

—Oh, eso es cosa de fácil remedio.

Edna quitó las flores de un jarrón y puso agua limpia. El jarrón era bastante grande y, lleno hasta la boca, podía contener hasta cinco litros de agua, todos los cuales fueron a parar a la cabeza

y al semidesnudo cuerpo, de Helen Ross.

* * *

—Y así conseguimos despertarla —dijo Charmus, a la mañana siguiente, hablando con el jefe de policía en su despacho.

—¿Qué dijo ella luego?

—No se acordaba de nada, ni siquiera de haberme llamado. Pero es indudable que hay tipos que la consideran presa fácil. Khaziz es uno de ellos. El otro, por supuesto, es Khiver.

Barton se acarició la mandíbula pensativamente.

—Y lo malo de todo es que es cierto, o parece serlo, pero no podemos hacer nada —dijo—. A fin de cuentas, es un asunto privado entre ella y Khiver-Dhu. No se puede probar que Khiver la haya hipnotizado; según tú mismo, razona normalmente.

—Sí, pero Khaziz pretendía…

—Eso ya lo has evitado, de modo que despreocúpate. En cambio, procura ver si puedes arrancarla de las garras de Khiver. Hemos averiguado que los hermanos Vallez le hicieron una donación de ciento cincuenta mil dólares. Eran discípulos suyos…, si es que se puede emplear la frase.

Charmus silbó.

—De modo que ciento cincuenta mil —repitió.

—Exactamente.

—Entonces, Khiver pudo ser el asesino…

—Si lo es, no tenemos ni tan siquiera el menor indicio en su contra —declaró Barton.

—¿Has averiguado la forma en que los despojos fueron lanzados desde el aire?

—Hemos investigado los horarios de los aeropuertos privados. No hay nada que señale el vuelo de un avión sobre Riverdale a la hora en que empezaron a llover pedazos de cuerpos humanos.

—Me pregunto yo si con una potente catapulta…

—Instalada, ¿dónde, Cad?

—Es cierto —rezongó Charmus.

Durante unos segundos, los dos hombres callaron. El buen tiempo permitía tener las ventanas abiertas.

Delante de la Jefatura había un amplio espacio ajardinado, con sitio suficiente, sin embargo, para el estacionamiento de algunos automóviles. Un agente hacía la guardia en la puerta del edificio.

De pronto, Barton dijo:

—Alguien tuvo la macabra ocurrencia de lanzar los cuerpos despedazados…

El jefe no pudo continuar. Un oscuro silbido, de algo que caía velozmente desde las alturas, penetró en el despacho a través de la ventana. Casi en el acto, se oyó un sordo impacto contra la hierba del jardín.

Sonaron gritos en el exterior. Alarmados, los dos amigos corrieron hacia una de las ventanas.

—¡Jefe! —gritó el agente de guardia—. ¡Mire lo que ha llovido del cielo!

El despacho de Barton estaba en el primer piso. La distancia, por tanto, no era excesiva y los dos amigos pudieron reconocer perfectamente el objeto caído de las alturas.

Barton se sintió mareado y tuvo que retirarse. A pesar de ser un hombre curtido, aquello era demasiado incluso para él.

En cuanto a Charmus, se sintió presa de un repentino presentimiento y corrió en busca del camino más rápido para llegar al jardín. No le agradaba lo que iba a hacer, pero estimaba que era su deber.

Al llegar junto a la cabeza que yacía sobre la hierba, pudo comprobar sus sospechas sin lugar a dudas. La cabeza llovida del cielo era la de Abdul Khaziz.

* * *

Durante la media hora siguiente, también llovieron las llamadas telefónicas sobre la central telefónica de la policía. En total, fueron diecinueve los trozos de cuerpo humano que cayeron esparcidos en toda el área urbana de Riverdale.

Ray Barton se sentía abrumado. Los periodistas se agolpaban en la Jefatura, tratando de obtener información sobre tan siniestro fenómeno.

El desconcierto era general. En cuanto a Charmus, no se sentía menos perplejo que su amigo, aunque, en el fondo de todo, sus sospechas apuntaban hacia Khiver-Dhu.

—Tienes que interrogarle, Ray —dijo—. Pero no vayas a su casa; haz que él acuda a tu despacho. Yo no le vi joya alguna sobre el cuerpo; aunque eso no obsta para que pueda llevarlas encima. Si es así, dile que se las quite; no fijes tu vista en ningún objeto brillante que él pueda usar como adorno o complemento de su atavío. ¿Me has entendido?

—Sí, enviaré a un agente…, aunque, en realidad, no sé si tengo derecho…

—Es probable que no lo tengas, pero si él se considera inocente, no tendrá inconveniente en acudir a tu llamada. De todas formas, despacha primero a los periodistas. Procura que haya el máximo de discreción en la entrevista.

—De acuerdo, Cad.

Charmus se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Barton.

El joven se volvió.

—Quiero hablar con un antiguo conocido de los dos —respondió—. En tiempos, recuerdo que el doctor Barrie curó a más de una persona por medio de la sugestión. Era un buen psiquiatra, aunque ahora no sé si todavía está en activo.

—Sigue trabajando, pero ha restringido mucho su clientela. No quiere matarse, ¿entiendes?

—Hace bien —sonrió Charmus—. De todas formas, espero que nos haga caso en este asunto, porque pienso hablarle también en tu nombre.

—Sí, pero ¿qué le dirás?

—Simplemente, pienso pedirle un sondeo mental de Helen Ross. Puede que así nos enteremos de muchas cosas interesantes.

—Es una magnífica idea —aprobó Barton, entusiasmado—. Habla con Barrie; yo me ocuparé de Khiver, mientras tanto.

—De acuerdo.

Charmus giró de nuevo y se dispuso a abrir la puerta. En el mismo instante, sintió un terrible dolor en el cuello.

Barton vio la transformación que sufría el rostro de su amigo y se asustó.

—¡Cad! ¿Qué te ocurre?

El joven se llevó ambas manos a la garganta, arrancándose la corbata y el cuello de la camisa a tirones. Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas, mientras su frente se inundaba de sudor.

—Me…, me ahogo… —jadeó—. Ne… cesito… aire…

Todo daba vueltas a su alrededor. Muebles y paredes habían tomado un acusado color rojo para sus retinas.

De repente, desesperado, se le ocurrió una idea.

—Ray…, temo… que no podré ayudarte… Me iré de Riverdale… hoy mismo…

* * *

—No sabía que fuese usted un cobarde —dijo Edna.

Charmus se volvió hacia la puerta.

La muchacha estaba parada en el umbral, todavía con la mano en el picaporte. Él tenía un puñado de camisas en las manos, dispuesto a colocarlas en la maleta, que yacía abierta sobre la cama.

—Si le pasara lo que a mí, también pensaría en largarse de Riverdale —contestó Charmus, pasados unos segundos.

—¿Tiene miedo de Khiver?

—A decir verdad, sí.

Ella entró y cerró la puerta, en la que se apoyó, a la vez que cruzaba las manos bajo los senos.

—Cuénteme lo que le pasa —pidió.

Charmus se abrió el cuello de la camisa y enseñó la marca que tenía en el cuello.

—Esto me pasa —respondió.

—Es una mancha solamente, el resultado de la fricción de una cuerda contra su piel…

—Y hoy he estado a punto de morir estrangulado, sin ninguna cuerda al cuello y en presencia de un testigo de crédito, el jefe de policía de Riverdale.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído usted. —Charmus lanzó las camisas sobre la maleta y se dirigió al cuarto de baño para recoger los útiles de aseo—. No sé qué demoníaco poder tiene Khiver sobre mí, pero quiero vivir, Edna.

Ella se enderezó y le siguió.

—¿Trata de decirme que Khiver se ha apoderado de su voluntad? —preguntó, mientras caminaba tras él.

—Así es. Y, créame, esta vez estaba bien despierto y no hay posibilidades de engaño. Ray

Barton lo vio todo. Creí que moría estrangulado, Edna.

—Preocupante —calificó la chica con acento pensativo—. Pero no me cabe la menor duda de que Khiver le ha sugestionado poderosamente. Usted, estoy segura de ello, debió de mencionar la idea de seguir adelante. En ese momento, fue cuando percibió la sensación de estrangulamiento, que cesó en cuanto dijo que se marcharía de Riverdale, ¿no es así?

—¡Cierto! —exclamó Charmus, volviéndose hacia ella—. ¿Cómo puede saberlo usted?

Edna sonrió.

—Tengo la suerte de parecer más joven de lo que soy en realidad —contestó—. Ando ya por los veinticinco años, aunque muchos creen que tengo cinco o seis menos. Pero lo cierto es que el año último me gradué en Medicina y estoy especializándome en Psiquiatría.

—¡Atiza! —dijo Charmus.

—Así es, Cad; y si usted me permitiese ayudarle…

—No tengo ningún inconveniente en que esa chica tan encantadora le ayude, pero antes me gustaría ver su cuello —sonó de pronto una voz en la entrada.

Charmus y Edna se volvieron a un tiempo. Un hombre de edad, aunque bien conservado, avanzaba hacia ellos con la sonrisa en los labios.

—Soy el doctor Smull —se presentó—. Hubo un tiempo en que fui forense de Riverdale y antes lo fui de San Francisco. Ahora estoy retirado, pero he venido a verle a usted, señor Charmus, por encargo del jefe de policía.

CAPÍTULO VIII

—No entiendo qué puede encontrar en mí un forense jubilado —dijo el joven, perplejo.

Smull sonrió.

—Le diré, muchacho. He sido forense desde que me gradué en Medicina allá por el año veinticinco. He visto morir a las personas de todas las maneras imaginables, incluido el estrangulamiento, ilegal y legal, y al decir legal, me refiero a la pena de muerte en la horca, claro está.

Charmus frunció el ceño. Una expresión de vivo interés se dibujó en el rostro de Edna.

—También fui médico durante unos años en el penal de San Quintín —prosiguió el doctor Smull—. Hasta el año mil novecientos treinta y siete no empezó a utilizarse la cámara de gas. Eso significa que los condenados a muerte, antes de esa fecha, morían en la horca.

—Creo que le comprendo a usted, doctor —dijo el joven.

—El jefe Barton me conoce bastante, bueno, yo fui un gran amigo de su padre, y por eso me ha pedido que venga a verle a usted, muchacho. Me ha contado lo que le pasa y… ¿Quiere quitarse la camisa, por favor?

—Sí, con mucho gusto.

—Vi morir a más de uno en la horca de San Quintín. No era agradable, pero formaba parte de mi oficio. Naturalmente, yo era el encargado de certificar la defunción.

—Entonces, vería usted el cuello de los ahorcados, después de la ejecución —intervino Edna.

Smull se volvió hacia la muchacha. Mientras se desabotonaba la camisa, Charmus dijo:

—Perdón, no les he presentado. Ella es la doctora Purvell. Edna, el doctor…

—Sí, ya lo he oído —atajó la muchacha—. ¿Cómo está, colega?

—Con esa cara y ese tipo, y se ha hecho médico. —Smull sacudió la cabeza—. Decididamente, el mundo, hoy día, está vuelto del revés.

Edna rió alegremente. Charmus terminó de quitarse la camisa.

—Y, además, especializada en Psiquiatría —añadió.

—Sí, es una especialidad que hoy resulta muy solicitada —comentó Smull con sorna—. Bueno, veamos ese pescuezo, muchacho… ¡Caramba! —exclamó de repente—. ¿Quién diablos le ha ahorcado a usted?

—Doctor, por lo que yo sé, solamente fui objeto de una intensa sugestión. Es claro que si me hubiesen ahorcado realmente, no estaría hablando con usted —contestó Charmus con grave acento.

—¡Hum! Explíquese, muchacho —pidió el galeno.

Para ver mejor la marca, se puso unas viejas antiparras. Entre tanto, Charmus hizo una somera relación de lo que le había ocurrido en su entrevista con Khiver.

Los dedos de Smull recorrieron expertamente la garganta del joven. Al terminar Charmus su relato, dijo:

—Cuando un hombre muere estrangulado, fallece por asfixia, dado que la soga no permite el paso del aire a los pulmones. En el caso de los ejecutados en la horca, en que el condenado es lanzado al vacío desde un par de metros, se produce fractura de la columna vertebral, lo que,

indudablemente, acelera el proceso mortal, convirtiéndolo en prácticamente instantáneo. La tráquea, asimismo, queda deshecha…, y las marcas de la soga quedan impresas en la piel, a veces incluso con las señales de las fibras más delgadas. Eso es lo que le sucede a usted, muchacho, salvo que tiene la tráquea y la columna vertebral intactas.

Smull se quitó los lentes y dio un paso atrás.

—De algún modo han impreso esa marca en su piel, pero yo no creo en modo alguno en la teoría de su ahorcamiento —dijo rotundamente—. Puedo pasar por la sugestión; en hipnotismo se dan casos muy raros, sobre todo, si el sujeto pasivo, es decir, el hipnotizado, es altamente receptivo. Pero esa marca es un truco, amigo mío.

—Conforme, doctor —respondió Charmus—. En todo caso, ¿qué clase de truco?

—Ah, mis conocimientos no llegan a tanto. No obstante, si usted estuviese muerto, yo juraría, al menos, en el primer vistazo, que lo habían ahorcado. Pero la señal es auténtica… ¡y, sin embargo, usted está vivo!

* * *

—Estoy vivo, sí —dijo Charmus, momentos más tarde, después de que el doctor Smull se hubiera marchado—. Pero ¿cómo me hicieron la señal?

—Un tatuaje rápido, tal vez, mientras usted estaba inconsciente, sometido a la sugestión de Khiver —apuntó Edna—. ¿Controló el tiempo que estuvo en su casa?

—Sí, desde las siete a las ocho, aproximadamente. Quizá no habían dado siquiera las ocho cuando me encontré en el jardín de su casa, dispuesto para el regreso.

—La sugestión produce sueños raros en la mente del sujeto pasivo. Esos sueños, como los que se tienen durante el descanso nocturno, son brevísimos. A veces nos parecen infinitamente largos, pero experimentos realizados con todas las garantías científicas, han venido a demostrar que, en ocasiones, la peor de las pesadillas no dura más de unos pocos segundos y, en ocasiones incluso, fracciones de segundo.

—Y a nosotros nos parece que la pesadilla no va a tener fin.

—El tiempo psíquico transcurre entonces de un modo muy distinto al tiempo en vigilia —dijo Edna—. Si Khiver y su acólito Abdul, que le ayudaría, estoy segura, están prácticos en el asunto, en menos de media hora pudieron tatuarle en el cuello la marca de la soga.

Charmus se espantó.

—¿Y he de llevar toda mi vida este horrendo tatuaje? —exclamó.

—Está la cirugía estética, para remediar sus males —sonrió ella.

—Pero no en Riverdale. Tengo que marcharme.

Edna se puso seria.

—Usted se quedará aquí, Cad —dijo—. Haga un esfuerzo, luche contra la voluntad de Khiver. Ya no es un chiquillo, sino un adulto completamente formado.

Charmus remoloneó un poco.

—Todavía tengo presente el mal rato que pasé en el despacho del jefe Barton —contestó.

—Haga un esfuerzo —insistió ella—. Escuche, sé que la señora Ross está ahora en el hotel.

Vamos a verla juntos los dos. Hablaremos de mi hermano, cosa que no hicimos ayer, dadas las circunstancias. Quiero que vea usted la cara que pone cuando le mencione… Bien, ya lo oirá usted cuando estemos delante de ella. Por eso vine a verle, ¿comprende?

—De acuerdo. Vamos allá.

Charmus se había vestido nuevamente. Dio un par de pasos hacia la puerta, pero, de súbito, sintió una terrible opresión en la garganta.

Un fuerte grito brotó de sus labios, a la vez que se llevaba ambas manos al cuello. Las rodillas le flaquearon por segunda vez en el mismo día.

Edna se asustó al ver el espantoso aspecto que ofrecía el joven. Charmus estaba ya arrodillado y se debatía con fuertes espasmos, con la boca abierta, buscando inútilmente un aire que no conseguía hacer pasar a sus pulmones.

—¡Cad! ¡Cad! —gritó la muchacha.

Roncos sonidos brotaron de la garganta de Charmus. De pronto, el joven reunió todas sus fuerzas y consiguió articular un par de frases:

—E…, está bien… Me iré de Riverdale… ahora mismo.

El dolor y la opresión cesaron en el acto y el aire pasó de nuevo a unos pulmones que estaban a punto de estallar.

* * *

—Yo no obro magia alguna —dijo Khiver con expresión altanera—. Simplemente, me limito a infundir mis pensamientos en la mente de mis discípulos. Pero siempre por métodos persuasivos, por pura elocuencia, jamás por la violación del espacio mental íntimo que significaría el hipnotismo.

—Escuche —exclamó Barton, a la vez que aporreaba su mesa con el puño—, tengo pruebas de que usted ha sugestionado a dos personas, por lo menos. A una de ellas la vi yo a punto de morir por asfixia, aquí, en mi propio despacho. No me diga que eso no es…

—Ah, se refiere usted al joven e impulsivo abogado Charmus —sonrió Khiver—. Es cierto, fue a visitarme, pero por nada del mundo me atrevería yo a forzar sus decisiones mediante el hipnotismo.

—He visto en su cuello la marca de una soga…

Khiver se encogió de hombros.

—No tengo nada que ver con eso —dijo.

Barton se pasó una mano por la cara. Un tipo harto cínico, pero, más aún, escurridizo como una anguila.

—La señora Ross acude a visitarle a usted a diario —dijo.

—No tengo por qué negarlo —contestó Khiver—. También le diré que no es mi única discípula.

—Ella quiere hacer testamento en su favor. Además, inmediatamente, le va a regalar doscientos cincuenta mil dólares.

—Para la propagación de mis doctrinas. ¿Hay algo malo en ello? ¿Va contra la ley?

—¿Qué sabe usted de Abdul Khaziz?

—Era uno de mis imitadores. Por cierto, pésimo en todo.

—¿Lo descuartizó usted?

Khiver soltó una risita desdeñosa.

—¿Por qué iba a descuartizar a una hormiga, por ejemplo? —contestó—. Ni esa hormiga ni Khaziz me hubieran causado el menor daño.

—Tiene usted un criado que se llama Abdul…

—Es un nombre árabe muy común. Su nombre completo es Abdul-Beni-Jiafar. El prefijo Beni significa «hijo de…», lo mismo en árabe que en hebreo. Pero mi Abdul no tiene nada que ver con ese infeliz que murió descuartizado.

—Entonces, usted niega haber hipnotizado al señor Charmus.

—Por completo, jefe.

Hubo un momento de silencio. Luego, Barton, perplejo e irresoluto, agitó una mano.

—Está bien, puede marcharse. Gracias por su cooperación, señor Khiver —dijo.

—He tenido un verdadero placer —aseguró el individuo.

Al quedarse solo, Barton encendió un cigarrillo. Luego se puso en pie y se acercó a la ventana.

Desde allí podía ver la explanada frontal del edificio, así como la ancha avenida, por la que circulaban los automóviles sin demasiada intensidad. Khiver apareció de pronto en el camino central, vestido con sus largos ropajes, el negro cabello largo y ondeando libremente a impulsos de la ligera brisa que soplaba en aquellos momentos.

—¿Qué vehículo habrá empleado para venir aquí? ¿Una alfombra voladora? —se preguntó Barton.

De repente, cuando Khiver estaba a punto de llegar a la acera, un hombre se destacó, surgiendo repentinamente de un auto estacionado en las inmediaciones. Llevaba un revólver en la mano y, antes de que nadie pudiera impedirlo, disparó contra Khiver.

El sujeto hizo fuego a dos pasos de distancia. Consumió todos los cartuchos. Los dos primeros disparos derribaron a Khiver y, con su víctima en el suelo, el asesino hizo los cuatro restantes, a fin de asegurarse de que no se perdía una sola bala.

CAPÍTULO IX

—Le acompañaré un rato —dijo Edna—. Mi hotel está casi a la salida de Riverdale. Déjeme allí.

—Está bien —accedió Charmus.

El portero del Sun Hotel colocó las maletas del joven en el coche. Charmus se sentó tras el volante. Edna lo hizo a su lado.

—Voy a darle un consejo, Cad —dijo ella, una vez que el automóvil se hubo puesto en marcha.

—Sí, Edna.

—Le daré la dirección de un reputado psiquiatra. Fue mi maestro en la Universidad. Es un hábil hipnotizador. Vaya a verle y mencione mi nombre. El doctor Wahnensoll dejará su mente como nueva, liberándole de las inhibiciones que Khiver ha puesto en ella con su sugestión.

—Sí, pero ¿quién me quitará esta condenada marca del cuello? —exclamó él, desanimadamente.

—Algún día tendrá que someterse a la cirugía estética, Cad. Mientras tanto, el cuello de la camisa oculta perfectamente la señal.

—Es increíble —masculló él—. Fue una pesadilla horrible, Edna, se lo aseguro. Una ejecución perfecta: los guardianes del presidio, el director, el pastor, mi abogado, el verdugo…

—Hipnotismo, Cad, sólo hipnotismo.

—Oiga —exclamó él de pronto—, usted dice que se ha especializado en Psiquiatría…

—No piense en mí —le interrumpió Edna—. ¿Cree que no se me había ocurrido la idea? Pero yo no soy hipnotizadora.

—Sin embargo —dijo Charmus, tratando de ponerse de buen humor—, hace volver la vista a los hombres por la calle.

—En contra de mi voluntad.

—Y en contra de la de ellos.

—Es usted un tipo muy agradable, Cad. Siento de veras que tenga que marcharse, pero confío plenamente en el doctor Wahnensoll.

—Le diré que venga a visitar a la señora Ross, a ver si consigue apartarla de las garras de ese sinvergüenza de Khiver. Garras mentales, por supuesto, aunque quizá mucho más efectivas que unas materiales.

—Wahnensoll conseguirá curar los dos casos, estoy segura de ello. Oiga, Cad, ¿puedo preguntarle si su nombre es abreviatura de Cadmo?

—Sí. Mi madre era muy aficionada a las historias de la mitología griega. Le gustó mucho la de aquel héroe que derrotó al dragón en Tebas y sembró sus dientes, de los que nacieron inmediatamente guerreros dispuestos al combate. Pero yo no poseo esas facultades mitológicas, por supuesto. Y, a propósito, ¿irá a ver usted a la señora Ross?

Dígale lo que me pasa y que siento no haber podido despedirme de ella.

—Se lo diré, Cad —prometió Edna.

—Lástima. Me gustaría quedarme aquí… ¡y no sé por qué diablos he de tener que marcharme, cuando no quiero hacerlo!

La chica guardó silencio. De pronto, Charmus se dio cuenta de una cosa.

—Edna, no quiero marcharme —exclamó.

—Le comprendo, Cad, pero…

De súbito, Charmus miró por el retrovisor. Vio que no venía ningún coche y viró con una brusca maniobra, que pilló desprevenida a la muchacha.

—¡Cad! ¿Qué hace usted? —gritó ella, alarmada.

—¿No lo ve? —Rió Charmus—. Quiero quedarme en Riverdale y pienso estar aquí todo el tiempo que me parezca, es decir, toda mi vida. Y ya no me pasa nada por quebrantar la orden de Khiver. ¿Es que no lo comprende? —La voz del joven se hizo casi histérica—. ¡Me quedo, me quedo, Edna!

Ella tenía la boca abierta.

¿Qué misterioso fenómeno había provocado la liberación de la mente de Charmus?, se preguntó, llena de asombro.

Para regresar al hotel, tenían que pasar por las inmediaciones de la Jefatura de Policía, situada en una avenida paralela. Charmus desvió su coche por la primera bocacalle.

—Tengo que decírselo a mi amigo Barton —explicó.

Edna asintió.

—No nos entretendremos demasiado, supongo —dijo.

—Unos minutos tan sólo —aseguró Charmus.

De pronto, cuando llegaban a su destino, vieron un gran grupo de gente que se agolpaba frente al edificio de Jefatura.

—¿Qué habrá pasado ahí? —exclamó la chica.

—Ahora lo sabremos.

Charmus buscó un sitio y estacionó el automóvil. Luego, a pie, los dos se dirigieron hacia la aglomeración de gentío.

El joven divisó bien pronto la maciza silueta de Barton. Se abrió paso a viva fuerza y le golpeó en un hombro.

—Ray, ¿qué diablos pasa aquí? —preguntó.

Barton se volvió.

—Ah, eres tú —dijo. Parecía muy furioso, observó el joven—. Se ha cometido un asesinato delante de nuestras propias narices.

—¿Cómo?

—Sí, Khiver vino a verme y, a la salida, un tipo le atacó y le metió seis balas en el cuerpo. La muerte fue instantánea.

—Demonios —dijo Charmus—. ¿Algún resentido?

—Según parece, sí. Dice llamarse Reg Dunn y ser el prometido de Clara Vallez. Ya está en un calabozo, claro. Ahora le interrogaremos a fondo, pero, según sus primeras declaraciones, ha matado a Khiver para vengar la muerte de su prometida.

—Caramba —exclamó el joven—. Esta vez, su poder de sugestión no le ha servido para nada.

—¿A qué hora ocurrió el suceso? —preguntó Edna.

Barton miró a la joven. Charmus dijo:

—Es la doctora Purvell, una buena amiga mía.

—Encantado, doctora. Bien, Khiver ha muerto no hará siquiera diez minutos. Desde luego, con el primer balazo era más que suficiente, pero el asesino quiso cerciorarse de la muerte de Khiver y consumió los seis cartuchos.

—Conque hace diez minutos, ¿eh? —Edna volvió los ojos hacia Charmus—. Cad, en ese mismo momento se sintió usted libre de la influencia de Khiver.

—¿Qué es lo que dice, Cad? —preguntó Barton, pasmado.

—Simplemente, que…

De repente, un agente uniformado se acercó a Barton con algo en la mano.

—Jefe —exclamó—, mire esto. Una máscara. Está muy bien hecha y sólo ahora se ha dado cuenta el forense de que cubría de un modo perfecto la cabeza de la víctima.

—¡Rayos! —Juró Barton.

Charmus tomó la máscara y comprobó que era una fidelísima reproducción del rostro de Khiver.

—Pero, entonces, el muerto no…

Barton se sentía igualmente lleno de perplejidad. De pronto, Charmus puso una mano en el hombro de su amigo.

—Ray, permíteme que te dé un consejo —dijo—. Es preciso investigar en la residencia de Khiver. Si el cadáver que hay ahí no es el hombre que creíamos, ¿dónde, en tal caso, se halla el auténtico Khiver?

Barton reaccionó en el acto y chasqueó los dedos.

—¡Sargento Darcey, un coche, inmediatamente! —pidió con voz de trueno—. Cad, tú me acompañarás, si no tienes inconveniente.

—Ninguno, Ray —sonrió Charmus.

—¿Y yo? —preguntó Edna.

Charmus le entregó las llaves de su automóvil.

—Usted puede volver al Sun Hotel y hablar con Helen Ross o aguardar allí mi llegada, a fin de que esa conversación tenga lugar en mi presencia —dijo.

* * *

Los dos hombres se apearon del coche, seguidos del sargento Darcey y del conductor.

Éste, sin embargo, quedó junto al vehículo, con objeto de hacer o recibir las llamadas que pudieran producirse por radio mientras los otros investigaban.

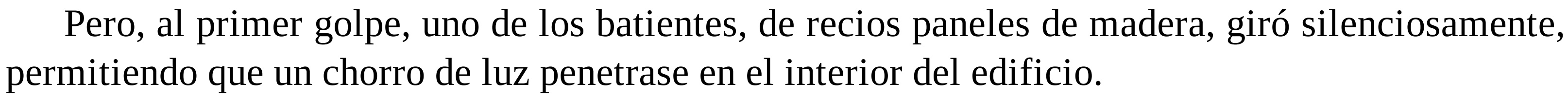
—Está cerrado —dijo Barton, decepcionado.

—En todo caso, Abdul, el criado, nos abrirá —aseguró Charmus.

Los tres hombres se acercaron a la puerta. Darcey, por precaución, tenía su mano apoyada en la culata del revólver de reglamento.

Para llegar a la puerta era preciso subir una amplia escalinata de media docena de peldaños. Barton buscó el pulsador de llamada, pero no lo encontró.

—Tendremos que aporrear la puerta —refunfuñó, disgustado.



Pero, al primer golpe, uno de los batientes, de recios paneles de madera, giró silenciosamente, permitiendo que un chorro de luz penetrase en el interior del edificio.

—Esto parece cosa de magia —rezongó Barton.

—Quizá no estaba cerrada con llave —sonrió Charmus—. Es preciso reconocer que pegaste con fuerza.

Cruzaron el umbral. La luz que entraba a través del hueco no era suficiente, empero, para permitir ver con claridad los detalles del interior.

Charmus se volvió, para buscar el interruptor de la luz. Al fondo, apenas se veía nada.

Divisó una tecla y la pulsó. Rayos de luz, de forma concéntrica, descendieron inmediatamente de lo alto del techo.

—Demonios —dijo Barton a media voz—, esto parece un espectáculo de magia.

Charmus recordaba muy bien aquellas luces, de claridad creciente a medida que se acercaban al centro.

—Decoración, para embaucar a los incautos —manifestó.

—¿También te embaucaron a ti, Cad? —dijo Barton casi burlonamente.

El joven soltó una maldición. No, en su caso no había habido engaño, sino una fortísima sugestión, desaparecida apenas la mente que la había originado dejó de mantener sus funciones activas.

Avanzaron unos pasos más. Barton gritó:

—¡Eh! ¿No hay nadie aquí?

Su voz rebotó con fúnebres ecos por las paredes de la sala. Charmus se acercó al centro del círculo más brillante y, arrodillándose, pudo ver el diminuto orificio por donde había salido el gas del que se había valido Khiver para hipnotizarle.

Barton y el sargento gritaron de nuevo. De repente, Charmus creyó escuchar unos golpes que sonaban al otro lado de la sala.

—Creo que hay alguien encerrado —dijo.

Darcey sacó su pistola. Charmus atravesó resueltamente los círculos de luz y divisó una puerta de pequeñas dimensiones. El hueco permitía apenas el paso de una persona.

Abrió. Había una escalera en amplia espiral que se hundía en el subsuelo. Junto a la puerta, vio un interruptor para la luz.

Con suficiente iluminación, emprendieron el descenso. Los golpes seguían repitiéndose en un lugar que parecía muy profundo o muy alejado de la entrada.

Charmus y sus acompañantes vieron varias habitaciones sobriamente amuebladas, una cocina y un cuarto de baño. Los golpes, averiguaron poco más tarde, procedían de la cocina.

—Pero aquí no hay nadie —exclamó Barton, perplejo.

—¿Quién está ahí? —gritó Charmus—. ¡Conteste, amigo; sea quien fuere, venimos a ayudarle!

—¡El frigorífico! —exclamó Darcey de pronto.

Charmus se fijó en el mueble indicado. Era enorme, capaz para quinientos litros o más.

Los golpes sonaban al otro lado. Ahora ya estaban seguros de ello y, uniendo sus esfuerzos, consiguieron desplazar a un lado el enorme frigorífico.

Los golpes se hicieron ahora más fuertes. Alguien al otro lado de la puerta que había estado oculta hasta entonces por el frigorífico, gritó:

—¡Eh! ¡Abran, por favor! ¡Estamos prisioneros!

Charmus tanteó el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave. Mientras, Barton preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Khiver-Dhu y sus criados —contestó la voz.

No había llave. Era preciso, pues, emplear medios drásticos para abrir la puerta y Barton hizo una señal al sargento Darcey para que emplease su revólver como sustitutivo de la llave.

CAPÍTULO X

Los tres hombres aparecieron en un estado lamentable, delgados, demacrados y con cara de haber sido sometidos a una dieta de hambre. Abdul era el que mejor estaba de los tres. En cuanto a Khiver, apenas si podía sostenerse.

—Sargento, mire a ver si hay café en la cocina —ordenó Barton.

—No, aquí no hay cosas excitantes… Habrá zumos de fruta en el frigorífico —dijo Khiver—. Con eso me conformo.

El tercer individuo era bajito, menudo y tan cetrino como los otros dos. Khiver lo presentó como Haddo Mutmid.

—A éste no le conocía yo —manifestó Charmus.

—Es el que se ocupa del servicio interior de la casa —explicó Khiver—. Will Macoby nos hizo entrar en la despensa a punta de pistola…

—¿Quién es Macoby? —preguntó Barton.

—El hombre de confianza de Khaziz. Pero no entiendo por qué nos encerró.

Barton y Charmus cambiaron una mirada.

—Apostaría algo bueno a que Macoby es el mismo tipo que se hizo pasar por Khiver —dijo el primero.

—Probablemente, ganarías, pero ¿por qué lo hizo? —preguntó Charmus.

—¿De qué están hablando ustedes? —intervino Khiver.

—Yo le envié un recado para que viniese a verme en mi despacho. Vino un individuo que dijo ser usted —explicó el jefe de policía—. Negó todo lo que había que negar con un cinismo sorprendente, y a la salida, un tipo le atacó y le metió seis tiros en el cuerpo. Luego resultó que no era usted, sino que llevaba una máscara que es una exacta reproducción de sus facciones.

—¿Qué aspecto tenía sin la máscara? —preguntó Khiver.

—Bueno, un tipo corriente, de su estatura y con ropas más o menos parecidas a las que usa usted. Si es el que le encerró aquí, tendrá que identificarlo en la Morgue.

—Lo haré con muchísimo gusto, señor.

—Pero ¿por qué les encerraron? —preguntó Charmus.

Khiver se volvió hacia el joven.

—¿Es que no lo comprende? Puesto que no podían derrotarme de otro modo, optaron por la eliminación física.

—Está vivo —dijo Barton.

—Yo me refería a que Macoby nos apartó de la circulación, dicho sea con frases enteramente vulgares.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Charmus.

—Hace dos días. Hemos estado ahí encerrados, sin comer, ni beber en absoluto…

—Usted dice ser dueño de grandes poderes psíquicos. ¿No pudo reducir la mente de Macoby?

Había ironía en la voz del joven. Khiver lo captó y pareció sentirse ofendido.

—A veces, los poderes de la mente fallan ante una cosa tan vulgar como es un arma de fuego —contestó.

—Bien, pero ¿por qué quería suplantarle Macoby? —insistió el jefe Barton.

—Macoby era un hombre celoso de mi prestigio. Suplantándome, adquiría de golpe la fama que no había podido conseguir en toda su existencia.

—¿Y dice usted que era el hombre de confianza de Khaziz?

—En efecto. Al menos, por tal le tenía yo.

—Si Khaziz se quedó muerto, él perdió el empleo —terció Charmus—. Por tanto, es posible que quisiera beneficiarse con la fama que inspiraba el nombre de Khiver en ciertos círculos.

—La fama y el dinero —rezongó Barton.

—Oh, el dinero no le interesa en absoluto al señor Khiver —dijo Charmus irónicamente—. ¿No es así? —Se dirigió al aludido.

—Sólo me interesa atraer a mi fe a los incrédulos —contestó Khiver con virtuoso acento.

—Mediante la percepción de unos sustanciosos donativos.

—En este mundo prosaico, nada se puede hacer sin dinero, por desgracia. Pero yo no lo quiero para mí, en un sentido estricto, sino para sufragar los gastos que pueda acarrear la propagación de mis creencias.

—¡Hum! —dijo Barton, con cara de sentirse escéptico—. Pero si mal no recuerdo, fue usted el que ordenó al señor Charmus que se marchase de Riverdale.

Khiver lanzó una risita burlona.

—¿Yo? ¿Que me interesa ese tipo? —contestó—. Puede vivir en Riverdale o irse a las antípodas; eso es algo que me resulta totalmente indiferente.

—Quisiera creerle —gruñó Charmus.

Khiver se encogió de hombros.

—Le agradezco lo que ha hecho por liberarme de mi encierro —contestó—. En cuanto a lo que pueda pensar de mí, no es cosa que me preocupe en absoluto.

—En cambio, a mí me preocupa sobremanera el hecho de que quiera sacarle a mi amiga un cuarto de millón para empezar y que luego desee que haga testamento en su favor.

—¿Qué está diciendo usted? —preguntó Khiver—. Pero ¿cómo puede insinuar siquiera semejantes barbaridades? ¿Es que me ha tomado por un vulgar atracador? Admito que acepto algún donativo de mis fieles, por las sesiones de consuelo y meditación que comparten a mi lado, y para la propagación de mis doctrinas, pero de eso a saquear sus fortunas, hay una diferencia abismal.

—Los Vallez le dieron a usted ciento cincuenta mil dólares —terció Barton.

—Cierto —contestó Khiver sin pestañear—. Pero fue un donativo enteramente voluntario, sin la menor presión psíquica por mi parte. Jamás les pedí nada, estoy dispuesto a jurarlo.

Barton se volvió hacia su amigo.

—Tengo que regresar a Jefatura —dijo—. Necesito interrogar a Dunn cuanto antes.

—Te acompañaré —respondió Charmus.

—Señor Khiver, venga mañana a mi despacho —ordenó Barton—. Le espero a las diez en punto de la mañana.

Khiver se inclinó.

—Soy su obediente servidor —contestó.

Barton salió de la casa echando chispas.

—Si pudiera enviar al infierno a todos estos condenados embaucadores y charlatanes… —masculló, colérico.

Charmus no dijo nada. Había algunos puntos oscuros en la declaración de Khiver, que no acababan de convencerle del todo, aunque por el momento, no se sentía capaz de encontrar los puntos flacos de unas respuestas que le habían parecido falsas e insinceras en su mayoría.

Poco más tarde, llegaban a la Jefatura. Barton dio una orden:

—Darcey, haga que traigan a Dunn.

—Sí, señor.

El sargento se marchó. Barton se fue hacia la cafetera y llenó dos vasos de papel, uno de los cuales entregó a su amigo.

—¿Qué opinas tú, Cad? —preguntó.

—Quisiera tener motivos para poder opinar —se lamentó el joven—. En realidad, estoy terriblemente confundido. Sé que algo no encaja aquí, pero no acabo de encontrar la pieza clave que me permitirá reunir en torno a ella las restantes piezas del rompecabezas. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí, y también entiendo una cosa. Khiver podrá protestar de su desprecio hacia el dinero, pero, en el fondo de todo este asunto, no hay más que dinero, muchísimo dinero…

El sargento Darcey irrumpió de súbito en el despacho. Parecía muy asustado.

—¡Jefe! ¡Dunn está muerto! ¡Ahorcado! —exclamó.

* * *

—Creí que se habría muerto, Cad —dijo Edna sarcásticamente, cuando vio aparecer al joven en el vestíbulo del hotel.

—He estado ocupado, demasiado ocupado —rezongó él—. Vamos al bar, siento que necesito una copa.

Edna se levantó del sillón que ocupaba hasta entonces y siguió a Charmus. Luego se encaramaron los dos en sendos taburetes.

—Tengo muchas cosas que contarle —dijo él, después del primer trago—. Pero empezaré con Reg Dunn, el hombre que mató al supuesto Khiver.

—¿Qué pasa con Dunn? —preguntó Edna.

—Está muerto. Se ha ahorcado en su calabozo.

Edna dejó escapar una exclamación de horror.

—Pero ¿cómo es posible que haya sucedido una cosa así? ¿Acaso no había vigilancia?

—Dunn se había mostrado pacífico y cooperador desde el primer momento. Además, le habían registrado a fondo. Ya no tenía ni su cinturón ni siquiera los cordones de los zapatos. Y el agente que está en los calabozos de guardia, no iba a pasarse todo el rato delante de Dunn.

—Sí, de acuerdo, pero de alguna parte habrá sacado la cuerda.

—La llevaba en el forro interior de sus pantalones, en la cintura. Era un trozo de nylon muy delgado, pero de la suficiente fuerza para resistir su peso. Con un metro de cuerda ha tenido más

que suficiente.

Edna se estremeció.

—Diríase que lo había planeado —murmuró.

—Cualquiera podría pensar que no podía vivir sin Clara Vallez, pero…

—Pero ¿qué, Cad?

—No sé. En este asunto hay muchos puntos oscuros y no acabo de ver las cosas con claridad. —Charmus lanzó de pronto unas monedas sobre el mostrador—. Vamos a ver a mi amiga Helen Ross, Edna.

—Sí, Cad, estaba deseando que lo dijera —contestó la chica.

Momentos más tarde, llamaban a la puerta de la *suite* ocupada por Helen. Ella en persona abrió y sonrió al ver a Charmus.

—Hola, querido —saludó efusivamente, tendiéndole ambas manos—. Ya era hora que te acordases de mí.

—He tenido trabajo —se disculpó el joven—. ¿Conoces a la doctora Purvell?

Helen miró a la muchacha con expresión altanera.

—No, no tengo el gusto —dijo.

—Es hermana de Robur Clayton —indicó Charmus.

—¿Hermana? ¿Y se llama Purvell?

Charmus empujó a Edna.

—Será mejor que entremos. El pasillo no es un sitio bueno para desarrollar una conversación.

Helen se apartó a un lado. Charmus cerró la puerta.

—Robur y Edna tuvieron padres distintos —explico.

—Robur nunca me habló de una hermana —dijo Helen.

—Era un poco más discreto que usted, señora —exclamó Edna hostilmente—. Pero, sobre todo, era un hombre decente.

—Robur no podía dar lecciones de decencia a nadie. Tengo motivos para saberlo muy bien, muchacha.

—Usted le…

—¡Calma! —dijo Charmus, cortando una discusión que amenazaba con agriarse—. Helen, dejemos a los muertos en paz.

—¡Pero si Robur no está muerto!

Charmus respingó.

—Diablos, Edna, yo creí…

—Nunca dije yo que mi hermanastro estuviese muerto —manifestó la aludida—. En realidad, está preso en San Quintín.

—¿Por qué?

—Robo. Ella le acusó falsamente.

Charmus se pasó una mano por la cara.

—Si esto sigue así, me iré de Riverdale, sin necesidad de que Khiver me eche —rezongó—. Helen, ¿es cierto lo que dice esta chica?

—No. Robur cometió un robo. Se probó concluyentemente.

—¿Qué te sustrajo?

—Cien mil dólares. En billetes.

—¡No es cierto! —gritó Edna—. Ella fue a visitarle y dejó el dinero en su casa. Luego le denunció a la policía…

Helen miró a la chica con expresión despectiva.

—Cad, ¿vas a creer a esa histérica? —preguntó.

—Me parece que aquí, el que va a acabar histérico, voy a ser yo —rezongó el joven—. Edna, ¿qué buscaba usted cuando quería entrar subrepticiamente en las habitaciones de Helen?

Edna alzó la barbilla.

—Por ahora, prefiero callar —respondió, tajante—. Pero usted tiene algo importante que preguntarle, si no recuerdo mal.

—Es cierto —dijo Charmus—. Helen, por favor, espero una respuesta sincera.

—Lo intentaré. —Helen parecía muy enojada—. Aunque la compañía de esa loca me decepciona en ti, Cad.

—Pero ¡qué cinismo…! —empezó a decir Edna.

—Cállese —barbotó Charmus, que ya empezaba a sentirse furioso—. La culpa es mía por hacer cosas que no debiera, pero… Bien, Helen, lo que quiero que me digas es si persistes en tus propósitos de hacer testamento en favor de Khiver-Dhu y de entregarle en el acto doscientos cincuenta mil dólares.

Helen lanzó una sonora risotada.

—Pero, querido, ¿de dónde te has sacado semejante estupidez? ¿Quién te ha dicho que yo quiera entregar así, tan graciosamente, nada menos que un cuarto de millón de dólares a un tipo del que ni siquiera conozco el nombre?

CAPÍTULO XI

—Edna, ¿estoy loco?

La joven fijó sus ojos en Charmus. Ambos estaban sentados a una mesa, frente a frente, en un discreto restaurante, a punto de terminar la cena con que habían rematado aquella agitada jornada.

—No, no está loco, pero en todo este asunto hay algo muy raro —contestó ella—. Las negativas de Helen me sonaron a falso.

—No, hablaba sinceramente. Ahora está libre de la influencia de Khiver, bueno, del sujeto que se hacía pasar por Khiver y que, ése sí, era un tipo de poderes realmente extraordinarios. Es muy posible, incluso, que haya perdido la memoria por completo en cuanto se refiere a este asunto, una vez liberada su mente. Pero quedan otros misterios por resolver.

—¿Por ejemplo?

—Las muertes de los hermanos Vallez y la forma en que sus cuerpos, despedazados, «llovieron» sobre Riverdale.

—Cad, por favor, que estoy tomando el postre —suplicó ella.

—Estamos comentando la realidad. Y no podemos olvidar tampoco a Abdul Khaziz, que era otro tipo con gran poder de hipnosis. En menos de un minuto, consiguió subyugar a Helen, recuérdelo.

—Sí, pero es que esa mujer se dejaría hipnotizar hasta por un semáforo —dijo Edna sardónicamente.

—Como quiera. El caso es que Abdul murió despedazado y…

Charmus se interrumpió de pronto. Edna le miró y vio que el joven tenía la vista fija en la entrada del restaurante.

Se volvió. Asombrada, vio a Helen, lujosamente vestida, con todas sus joyas, acompañada de un hombre alto y distinguido, de unos cuarenta y tantos años de edad.

—Atiza —exclamó, sin poder contenerse—. ¿Quién es ese tipo?

—No lo sé, no lo he visto nunca —respondió Charmus.

—Muy interesante. El hombre, claro. Y ella está guapísima, es preciso reconocerlo.

—Celebro su imparcialidad, Edna —sonrió el joven.

—¿Por qué no va a saludarles? —sugirió Edna—. Así nos enteraríamos de quién es el tipo…

Charmus denegó la proposición.

—Helen me ha visto y me ha dirigido una sonrisa de cortesía. Puesto que no ha insinuado siquiera que me acerque a ella, me parece incorrecto tomar una iniciativa que no resultaría prudente en estos momentos.

—Tengo la sensación de que ese sujeto es el futuro sexto esposo de la señora Ross —dijo Edna.

—Es muy posible. ¿Ha terminado con su sabroso postre? Es hora de volver a casita, Edna.

—Podríamos prolongar la velada en algún sitio alegre…

—Lo lamento, hoy no me siento con ánimo de jolgorio. El día ha sido más bien agitado, creo recordar.

—Bastante agitado, en efecto —reconoció la chica.

* * *

Charmus llegó a su habitación y se quitó la chaqueta y la corbata. Luego, soltándose los botones de la camisa, se dirigió al cuarto de baño.

El espejo estaba casi frente a la entrada. Al abrir la camisa, su cuello quedó al descubierto.

Una especie de sacudida eléctrica recorrió su cuerpo. De pronto, le pareció que tenía los pies clavados al suelo.

Su figura se reflejaba con toda nitidez en el espejo. De pronto, el vidrio azogado empezó a humear.

Parecía como si el humo surgiera del lavabo. Al cabo de unos instantes, su rostro fue sustituido por otro distinto.

El cuerpo era suyo, pero la cara era de Khiver-Dhu.

—Esa marca que tienes en el cuello no es un puro capricho, sino algo que señala la forma en que has de abandonar este mundo.

La voz sonaba en el interior del cerebro de Charmus. Parecía proceder de una distancia infinita.

—Una vez te hice ver algo que no era sino una pesadilla. Ahora se convertirá en realidad —continuó la voz.

De súbito, todo desapareció ante los ojos del joven.

Estaba rodeado por una negrura total, sumido en un mundo de silencio absoluto. Pero ello duró sólo un tiempo infinitesimal.

Un foco se encendió en lo alto y su luz alumbró un patíbulo. Charmus se sintió sujeto por unas recias manos y empujado hacia la escalera que conducía a lo alto del cadalso.

El alcaide, el abogado, el verdugo y el pastor aguardaban en la plataforma. Charmus divisó en las manos del ejecutor el negro capuchón con que le cubriría antes de lanzarlo a la eternidad.

Los guardianes le sujetaban fuertemente, impidiéndole la menor resistencia. Charmus sentía como un nudo en la garganta. Quería hablar, pero algo se lo impedía.

Llegó arriba. El pastor pronunció unas palabras de consuelo. El abogado le informó que sus gestiones para conseguir el indulto habían resultado estériles.

Los guardianes le hicieron situarse encima de la trampilla. El verdugo se le acercó, con el lazo en las manos, dispuesto a colocárselo en torno al cuello.

Entonces se oyó un fuerte grito femenino:

—¡Alto! ¡No ejecuten a ese hombre! ¡He conseguido su indulto!

Al mismo tiempo, Charmus sintió que el suelo fallaba bajo sus pies y rodó por tierra.

* * *

¿Llovía o le echaba agua en la cara?

—Despierte, despierte… —sonó la ansiosa voz de Edna Purvell.

Charmus abrió los ojos. Edna estaba inclinada sobre él, contemplándole con expresión de ansiedad.

—¿Trae usted el indulto, Edna? —preguntó él con voz débil.

—Si se refiere a que he llegado a tiempo, en efecto, así es. Estaba ya a punto de ponerse la cuerda al cuello, Cad. ¡Mire!

Charmus levantó la vista. Suspendida del montante de la puerta del baño, había una cuerda con un lazo. Edna continuó:

—Cuando yo entré, usted estaba en pie, sobre el taburete de baño, a punto de ponerse el lazo al cuello. Grité y…

El joven hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo.

—No sé qué pudo pasarme —dijo con voz insegura—. Entré en el baño y me vi la marca que tengo en el cuello. Casi en el mismo instante, se me apareció Khiver y dijo que la marca no era un capricho y que la pesadilla que había tenido se convertiría en realidad. De nuevo me encontré en el patíbulo, pero entonces, cuando ya estaba a punto de ahorcarme, usted gritó que había conseguido el indulto.

—Lo que yo grité es algo muy distinto, aunque usted, bajo el influjo de la pesadilla, pensó en el indulto, porque, subconscientemente, me limité a decirle que no fuese loco y que dejase la cuerda en el acto.

Charmus hizo un esfuerzo y se puso en pie. Examinó la soga y luego se volvió hacia la chica.

—Es el cordón de una de las cortinas —dijo.

—Suficiente para estrangularle, Cad.

—Le debo la vida, Edna. Pero, dígame, ¿cómo apareció tan oportunamente?

Ella suspiró.

—Sigo intentando ser una ladrona —dijo.

—¿Ha estado en el cuarto de Helen?

—Todavía, no. Iré ahora, si usted no tiene inconveniente.

—En ese caso, ¿por qué vino antes a mi habitación?

—Me gustaría que viniese conmigo.

—Aún no sé qué hemos de encontrar allí, Edna.

—Hombre, las pruebas de la inocencia de mi hermano. Eso está claro, ¿no?

—¿Cree que conseguirá su libertad?

—Si encuentro las pruebas, desde luego. Robur cometió una tontería: conocer a Helen.

—Yo también conozco a Helen…

—Pero ella se encaprichó de Robur y mi hermano pensó que la señora Ross podía resultar un alegre pasatiempo, no una mujer conveniente para una existencia en común. O tal vez fue que ella quería que el capricho durase más tiempo. Sea como fuere, no le agradó verse desdeñada.

—Ésa es su versión. Sería interesante escuchar la de la acusada.

—Hay pruebas de lo que digo, Cad.

—¿Dónde?

—En su habitación, en alguna parte. ¿Por qué no me acompaña?

—Edna, usted me ha salvado la vida y yo nunca lo olvidaré, pero, por favor, no me convierta

en ladrón. Deje que yo hable con Helen, será mucho mejor para todos.

—Esa mujer no es buena, Cad.

—Insisto, permítame hablar con ella. Si veo que no consigo nada, me apartaré a un lado y usted podrá actuar en la forma que estime más conveniente.

—De acuerdo, Cad. Pero antes me va a aceptar un consejo.

—Sí, Edna.

—Deme un pañuelo.

Charmus obedeció, perplejo por la insólita petición. Ella lo hizo tiras y ató una en torno a la marca que el joven tenía en el cuello.

—No se la mire frente al espejo —dijo—. Llévela siempre cubierta. Esa marca es lo que podríamos llamar la contraseña para que se desencadene en su mente la reacción provocada por una orden que Khiver ha grabado en su cerebro. Es una especie de señal, ¿comprende?

—Sí, como un toque de alarma.

—Exactamente —confirmó la muchacha—. Hay en su mente impresa una orden de suicidio y esa orden desencadena en usted el deseo de matarse, apenas se mira al espejo y ve la marca tatuada.

—Una especie de reflejo condicionado.

—Justamente, Cad. Téngalo siempre bien presente y podrá vivir.

—Pero yo tendría que pedir a Khiver que borrase esa orden de mi subconsciente.

—¿Y cómo? —dijo ella amargamente—. Diga lo que diga, a Khiver le gusta mucho el dinero de la señora Ross y usted es un obstáculo para conseguir sus deseos.

—Pero ella dice que no lo conoce…

—Lo dice «ahora», cuando Khiver se ha dado cuenta de que le conviene disimular tal conocimiento. Insisto, Helen es muy rica y Khiver, pese a sus protestas, quiere extraer todo el jugo posible de la situación.

—Hablaré con ella. Y mañana, sin falta, haré que la visite el doctor Barrie. Es hora ya de que aclaremos de una vez esta absurda situación.

—Más que absurda, es siniestra —puntualizó Edna.

CAPÍTULO XII

Helen abrió la puerta y se sorprendió al ver un hombre esperándola en sus habitaciones.

—¡Cad! ¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Deseo hablar contigo —manifestó Charmus, a la vez que se ponía en pie.

—¿No puede ser en otro momento?

—Ahora, Helen.

Ella lanzó a un lado el bolso y la estola de piel.

—Está bien, Cad, adelante —dijo.

—Pensé que habías adoptado otra forma de vida: nada de lujos, ni joyas, comidas vegetarianas… ¿Ya no quieres seguir siendo la mujer propagandista de los inmensos beneficios de las doctrinas de Khiver?

Helen hizo una mueca.

—Me he aburrido —contestó displicentemente—. La vida tiene facetas muy bellas e interesantes, sobre todo, ahora que he encontrado a alguien que puede hacérmela mucho más atractiva.

—¿Te refieres al individuo que ha estado cenando contigo?

—Justamente, querido. Se llama Andy Shireen y es mi segundo marido. Nos hemos encontrado por casualidad y ese encuentro ha reavivado en nosotros pasiones que creíamos dormidas para siempre.

—¡Qué frase tan inicua! —se indignó Charmus—. Pero de Shireen te divorciaste…

—Nos vamos a casar de nuevo y esta vez será la definitiva.

—Entonces, Khiver…

—¡Que se vayan al diablo él y sus estúpidas doctrinas! Tengo unas ganas locas de vivir y de gozar de la existencia. Aún soy joven, Cad; aún puedo disfrutar, en unión de Andy, de todo lo bueno que ofrece la existencia.

—Me parece muy bien —contestó Charmus—. ¿Cómo anda de dinero tu exmarido que pronto será marido efectivo de nuevo?

—Oh, ése no es problema. No lo es para ninguno de los dos.

—En tal caso, Khiver perderá los doscientos cincuenta mil dólares que ibas a darle.

—Ya puede darlos por perdidos, en efecto. A propósito, dime si te debo algo por tus servicios…

—Sí, me debes una cosa, Helen.

Ella abrió su bolso.

—¿Cuánto, Cad? —preguntó.

—Las pruebas de la inocencia de Robur Clayton.

Hubo un momento de silencio. Helen le miraba fijamente.

—No las tengo aquí, Cad —dijo al cabo.

—Mis informes aseguran que sí las tienes, Helen.

—No puedo negar que están en mi poder. Lo que pasa es que no las tengo aquí, eso es todo.

—Bien, dime dónde están…

—Poseo unas tierras a noventa kilómetros al nordeste de Riverdale. En tiempos formaron parte de una granja, ahora abandonada, aunque todavía quedan algunos edificios, inservibles, por supuesto. Se llama Maldon Field y está al pie de Baldy Hills. Hay una carretera que…

—Creo que conozco la zona. ¿En qué parte de la granja están los documentos?

—Hay un pozo abandonado al otro lado del edificio principal. Saca la piedra del brocal que da justamente al norte, a ras del suelo. Allí los tienes, en una cajita metálica.

—Helen, ¿por qué dejaste que Robur fuese a parar a presidio? —preguntó el joven con acento de reproche.

Los ojos de la mujer fulguraron extrañamente.

—Me despreció. Iba a casarse con otra —contestó—. Nadie me desprecia impunemente, Cad.

—He tenido suerte —dijo él con sorna.

—Tú eres diferente a los otros. Por ti, yo…

—No hablemos más, Helen. Gracias por todo. Sólo espero que me hayas dicho la verdad.

—Allí encontrarás esos documentos, Cad.

Charmus se dirigió hacia la puerta.

—Deseo que seas feliz en tu nuevo matrimonio, Helen —se despidió.

—Andy y yo cometimos un inmenso error al separarnos. Ahora hemos sabido verlo y vamos a repararlo —contestó la mujer.

Charmus asintió. En su fuero interno, pensó que el nuevo matrimonio, segunda edición de otro anterior, idéntico, no iba a durar mucho tampoco. Pero lo interesante era sacar de la cárcel a Robur Clayton y eso había sido conseguido.

Regresó a su habitación y empezó a desvestirse. Cuando se lavaba los dientes, miró su cuello a través del espejo.

—¿Hasta cuándo tendré que llevar un pañuelo para tapar la marca? —se preguntó, furioso y deprimido a un tiempo.

* * *

El teléfono sonó relativamente temprano, arrancando a Charmus del profundo sueño en que estaba sumido. Alargó la mano y se llevó el aparato a la oreja izquierda.

—¿Eres tú, Cad? Soy Barton. Tengo noticias para ti —sonó la voz del jefe de policía.

Charmus se espabiló en el acto.

—Habla, Ray —solicitó.

—En primer lugar, Reg Dunn no era prometido de Clara Vallez ni cosa que se le pareciese. Por qué dijo eso, no lo sé, pero todos los informes que poseo, declaraciones de la familia y amigos que conocían bien a los Vallez y demás, coinciden absolutamente en lo mismo: Dunn y Clara jamás estuvieron prometidos.

—Extraño, ¿no crees?

—Sí, Cad. Además, te diré otra cosa. El director del Banco me ha llamado hace unos minutos. Es un informe privado, por supuesto, pero dado su importancia ha creído interesante comunicármelo. Helen Ross ha hecho una transferencia de un cuarto de millón de dólares a… ¿Te

imaginas a quién, Cad?

—Khiver-Dhu.

—Justamente.

Los dientes del joven chirriaron.

—Y pensar que anoche ella me dijo que había olvidado a ese sujeto por completo —barbotó.

—Te engañó, Cad, si dijo tal cosa. El director del Banco es muy amigo mío y no iba a bromear en un asunto semejante.

—Gracias, Ray. Ahora mismo iré a ver a Helen. Ya te comunicaré luego el resultado de nuestra conversación.

—No tardes, muchacho…

Barton se interrumpió de repente. A través del hilo telefónico, Charmus oyó gritos y voces de alarma.

—¡Están lloviendo trozos de cuerpo humano! —gritó el jefe Barton.

Repentinamente, se oyó un tremendo estrépito en la habitación que ocupaba Charmus.

Algo rompió la ventana con fortísimo estruendo. Los vidrios estallaron, saliendo despedidos en todas direcciones. Charmus se encogió instintivamente en el lecho.

Una cosa chocó contra una silla, haciéndola literalmente astillas. Aquel objeto dio unos cuantos botes por el suelo y, al fin, se detuvo, tras dejar un rojo rastro por el suelo de la estancia.

Charmus se sentó en la cama, contempló la cabeza humana, deshecha por el impacto, que yacía a pocos pasos de distancia.

A pesar de los destrozos, el rostro era fácilmente reconocible. Charmus se sintió aterrado al verse frente a la cara de Andy Shireen, deformada por una mueca de definitivo espanto.

* * *

Charmus se encontró con Edna en la puerta del hotel, después de que los hombres del jefe Barton hubieran cumplido con las formalidades reglamentarias, después del suceso.

—Se habrá enterado de lo ocurrido, supongo —dijo ella.

—¿Enterarme? —Charmus rió agriamente—. La cabeza de Shireen entró en mi habitación como un proyectil.

—Cielos, qué horror —se espantó la chica—. ¿No le ha pasado nada a usted?

—Por fortuna, no. Edna, me alegro de que nos hayamos encontrado. Precisamente ahora iba a buscarla.

—¿Con buenas noticias?

—Si Helen no me mintió anoche en este asunto, son buenas, en efecto. Me ha dicho el sitio donde tiene guardadas las pruebas de la inocencia de su hermano.

—Oh, eso es maravilloso. —Los ojos de Edna se llenaron de lágrimas—. Cad, ¿cómo puedo darle las gracias por lo que hace por mí?

—Es muy sencillo: no tiene más que acompañarme al sitio donde están esas pruebas. Así las tendrá usted antes y podrá actuar para que Robur salga de la cárcel lo más pronto posible.

Ella sonrió. De súbito, se puso de puntillas y le besó suavemente en los labios.

—Dios se lo pague, Cad —dijo, conmovida—. ¿Cuándo vamos a ese sitio?

—Ahora mismo, preciosa —contestó él, a la vez que la agarraba por un brazo—. Es cuestión de poco más de una hora en coche. A la vuelta, por supuesto, intentaré entrar en contacto con Helen.

—¿Por qué? ¿Tiene que decirle algo?

—Anoche no fue sincera por completo. Dijo que había roto con Khiver, porque se iba a casar nuevamente con Shireen, quien ya fue en una ocasión su segundo esposo. Pero hace un rato, el jefe Barton me informó que ya ha pagado a Khiver los doscientos cincuenta mil dólares.

—Bueno, pero ¿qué puede importarle eso a usted? Ella es muy dueña de hacer con su dinero lo que le venga en gana, ¿no le parece?

—Edna, a pesar de todo, aprecio a Helen y me disgusta que haya caído en las manos de un desaprensivo. Espero que entienda lo que quiero decirle.

—Sí, Cad.

Momentos más tarde, salían de la ciudad en el automóvil del joven.

—Así pues, no ha visto a Helen —dijo Edna.

—No. El portero me informó que salió del hotel relativamente temprano, bastante antes de que empezasen a llover trozos de carne humana. Hablaré con ella a la vuelta.

—Si no vuelve a engañarle…

—Es posible que no lo haga ya más. No se lo permitiré, créame —aseguró Charmus, ceñudo.

Edna apoyó su cabeza en el respaldo del automóvil.

—La primera vez que nos conocimos fue debido a un error mío —dijo evocadoramente—. Cad, me alegro del error.

—No entiendo. ¿A qué error se refiere, Edna?

—Yo buscaba la habitación doscientos dos, que es la de Helen. La suya es la doscientos doce.

—Bueno, entonces, nos alegramos juntos de esa equivocación —sonrió Charmus.

CAPÍTULO XIII

El lugar estaba silencioso y abandonado. Había hierbajos por todas partes y a Charmus le recordó los decorados de ciertas películas de vaqueros. Sólo faltaba un viejo barbudo y arisco, armado con un antiguo fusil para cazar búfalos.

El tanque de agua se había desmoronado, podridas las maderas por el paso del tiempo.

Los edificios, asimismo, daban la sensación de ir a hundirse en cualquier momento.

Había un granero de enormes dimensiones, a pocos pasos de la casa principal. Hacia el Sur, el terreno era una extensa y pelada llanura, en la que apenas crecían algunos arbustos raquíticos. Por detrás, una serie de colinas peladas y de romas cumbres, formaban una especie de barrera que protegía al lugar contra los vientos del Norte.

Charmus y Edna dieron vuelta a la casa y encontraron el pozo, del que, en tiempos, una bomba había extraído el agua para almacenarla en el tanque. Las tuberías aparecían herrumbrosas y, en muchos puntos, faltaban tramos.

El joven procuró orientarse. A prevención, llevaba consigo una barra de hierro, con la que atacó la piedra señalada por Helen. Edna contemplaba la operación con gesto expectante.

La piedra salió momentos después. Charmus metió la mano en el hueco y sacó una cajita metálica, parcialmente oxidada.

—¡Al fin! —exclamó Edna jubilosamente.

Con la misma barra de hierro, Charmus forzó la caja. Había en su interior un sobre con documentos, que entregó a la muchacha.

—Ahí tiene lo que buscaba —dijo—. Helen no me mintió, al menos en esta ocasión.

Los ojos de Edna estaban llenos de lágrimas.

—Esa mujer es mala, muy mala —dijo.

—Pero ha sabido reparar su falta —dijo él.

—Sí. —Edna se secó los ojos con su pañuelo—. Cad, quisiera pedirle un favor.

—No faltaría más, muchacha.

—Usted es abogado. Encárguese del caso.

—De acuerdo.

—Y páseme la minuta de sus honorarios.

Charmus sonrió.

—Nunca dejo de hacerlo, pero menos en su caso —contestó—. Será una minuta muy elevada, Edna.

—No me importa…

—El precio quizá le parezca caro.

—Tengo poco dinero ahorrado, pero se lo daré todo, Cad.

—No quiero dinero. Usted será la minuta de mis honorarios.

Edna le miró fijamente. De pronto, sonrió y se colgó del cuello de Charmus con un solo brazo, ya que con la otra mano sujetaba la caja.

—De acuerdo —dijo—. Pagaré ese precio, Cad.

—En tal caso, voy a cobrarme un pequeño anticipo, querida.

Charmus la besó. Edna no opuso la menor resistencia; además de que le parecía muy natural, le gustaba.

Al cabo de unos momentos, se separaron.

—Bueno, ya es hora de que volvamos a Riverdale —dijo ella.

—Aguarda un poco —pidió Charmus—. Quiero ver lo que hay por aquí.

Entraron en la casa, que estaba completamente vacía, sin muebles. Faltaban muchos cristales y había algunos agujeros en el techo. Los suelos no eran de confianza; las maderas del suelo se deshacían a veces, sólo con pisarlas.

—Aquí no hay nada de interés, Cad —dijo Edna.

—Bueno, veamos el granero.

Había un gran portón, observó Charmus, que parecía en perfectas condiciones, cosa extraña, teniendo en cuenta el estado de abandono del resto de los edificios. El portón era deslizante y tenía casi quince metros de anchura.

Charmus se percató también de que la cerradura se hallaba en perfectas condiciones. Ello aumentó, más sus sospechas.

Seguido por Edna, dio la vuelta al edificio. En la fachada posterior, encontró una pequeña puerta, igualmente cerrada con llave.

Pero las maderas no eran demasiado recias. Con la misma barra de hierro, Charmus hizo saltar la cerradura. Luego tiró de la puerta hacia sí.

Edna gritó. A Charmus se le aflojó la mandíbula a causa del asombro que sentía.

* * *

Lentamente, dieron la vuelta al esbelto bimotor que había en el granero y que parecía en perfectas condiciones de utilización. Era una avioneta de seis plazas, cuatro de las cuales habían sido suprimidas para dar paso a una especie de compartimento de carga.

—¿Contrabando, Cad? —dijo la muchacha a media voz.

La avioneta, una «Piper Aztec», tenía las pinturas y los metales relucientes. Charmus observó igualmente que todas las letras y cifras de la matrícula habían sido cuidadosamente ocultas por capas de pintura que seguían fielmente las líneas de colores de la decoración externa del aparto.

Charmus trepó a la cabina. Había volado algunas veces en un aparato del mismo tipo y podía identificar la mayoría de instrumentos. Vio instalación de oxígeno y supo así que el bimotor podía alcanzar grandes alturas.

—Probablemente, lleva compresor de sobrealimentación de los motores —se dijo.

Era necesario a cotas elevadas, por encima de los cuatro mil metros. Lógicamente, un aparato de aquella clase llevaba incorporado sistema de arranque eléctrico de los motores.

El departamento de carga aparecía cerrado por una pequeña compuerta, cerrada con llave en aquellos momentos. De pronto, Charmus reparó en una palanca situada casi en el piso de la cabina de mandos y que no parecía corresponder a ninguno de los instrumentos que él conocía.

Un súbito impulso le hizo accionar la palanca. Abajo, Edna gritó:

—¡Eh, que se abre la panza del avión!

Charmus saltó al suelo y se inclinó por debajo del fuselaje. El suelo del departamento de carga se había abierto en dos mitades, a la manera de los lanzabombas de bombarderos.

Agachándose, pudo meter la cabeza y los hombros en el compartimento de carga.

—Aquí no hay nada, está vacío —dijo.

—Claro, el contrabando ha ido ya a parar a otro sitio —dijo Edna—. Pero nunca pude figurarme que Helen Ross se metiese a contrabandista.

De pronto, Charmus vio algo que le hizo fruncir el ceño. Pasó la yema del dedo por aquella mancha y salió del avión, para examinarla mejor a la luz.

—Te has manchado de sangre —dijo Edna.

—No es mía —contestó Charmus. Miró a la joven fijamente y añadió—: ¿Te imaginas qué clase de contrabando transportaba este avión?

Edna sintió que un helado escalofrío le recorría la espalda. Con gesto maquinal, se llevó una mano a la boca.

—No, no lo digas, Cad —gimió—. Me lo imagino fácilmente. Pero salgamos fuera; quiero respirar aire puro. Lo necesito, por favor.

Charmus hizo un gesto de asentimiento.

—Es una lástima que no tenga a mano un transmisor de radio —dijo—. A mi amigo Barton le gustará mucho la noticia que voy a darle.

—En cambio, yo sé a quién le disgustará el descubrimiento que hemos hecho, Cad —aseguró Edna, en el momento de cruzar la puerta.

Cuando asomaban por una de las esquinas delanteras, vieron un coche que se acercaba a la granja. Era un «todo terreno» de carga y, en la plataforma posterior, llevaba un par de barriles metálicos.

* * *

El conductor vio a Charmus y a Edna cuando estaba a cincuenta o sesenta metros de distancia. Inmediatamente, sacó una pistola y, sujetando el volante con una mano, abrió el fuego contra la pareja.

—¡Al suelo, Edna! —gritó él.

La chica obedeció en el acto. Charmus se arrodilló y sacó el revólver que le había dado Barton. Mientras el recién llegado disparaba, intentaba, al mismo tiempo, maniobrar para realizar un giro de 180°.

Charmus disparó también, a unos veinte pasos de distancia. Ahora ya podía distinguir las facciones del conductor.

Era Mutmid, el otro ayudante de Khiver. Las intenciones del sujeto, viéndose descubierto, eran de huir, protegiéndose con el fuego de su pistola.

El vehículo quedó un instante en sentido paralelo a la fachada del granero. Una de las balas de Charmus abrió un agujero en uno de los barriles y el líquido que contenía brotó impetuosamente hacia la parte posterior del vehículo, cuya velocidad aumentaba por segundos.

El conductor dejó la pistola a un lado y se aplicó por completo al manejo del volante.

Aceleró a fondo y el automóvil salió disparado.

—Cad, tenemos que seguirlo —dijo Edna, a la vez que se ponía en pie—. Tu coche es más rápido…

La muchacha no pudo seguir hablando. Súbitamente, una feroz llamarada brotó en la parte trasera del vehículo.

Edna se quedó con la boca abierta. Cad la agarró por un brazo, intuyendo lo que iba a suceder, y tiró de ella.

El conductor no parecía haber advertido aún lo que sucedía. Bruscamente, uno de los barriles explotó y su contenido saltó por los aires, como un gigantesco volcán de fuego líquido.

Un enorme chorro de combustible incendiado cayó sobre el conductor, quien quedó envuelto en llamas instantáneamente. El segundo barril explotó casi a continuación.

Una figura humana saltó al suelo, agitándose convulsivamente, rodeada por el fuego.

Edna se tapó los oídos para no percibir los horripilantes gritos que brotaban de la boca del desdichado.

Mutmid cayó de pronto sobre la tierra. Un reguero de llamas se le acercó y acrecentó el fuego que le consumía. El automóvil ardía en pompa.

Charmus se percató bien pronto de que ya era imposible hacer nada por el desgraciado.

—Edna —dijo él, momentos más tarde—, tenemos que irnos de aquí. Barton debe saber lo ocurrido.

La muchacha asintió. Cuando ya arrancaban de regreso a Riverdale, dijo:

—Cad, no entiendo cómo pudo arder la gasolina…

—Es bien fácil. Uno de mis disparos perforó el barril y el combustible cayó hacia atrás, desparramándose en parte sobre el tubo de escape. Era gasolina de aviación, mucho más inflamable que la corriente de los automóviles. Un tubo de escape está siempre muy caliente, sin contar con los gases que salen por el mismo a elevada temperatura y más cuando se acelera a fondo, que es lo que hizo Mutmid después de habernos visto. No hay nada de extraño en lo ocurrido; lo asombroso hubiera sido que la gasolina no se hubiese inflamado en tales condiciones.

—Sí, pero ¿para qué quería tanta gasolina?

—Mujer, era necesario repostar el avión. A Khiver le conviene tenerlo listo en cualquier momento, para poder «bombardear» a Riverdale con carne humana cuando le convenga.

CAPÍTULO XIV

—Entonces, ese avión explica la lluvia de pedazos de cuerpo humano sobre la ciudad —dijo Barton.

—Sí. Es muy sencillo. La víctima, una vez despedazada, era introducida en el departamento de carga del avión. Su piloto, muy probablemente Mutmid, se elevaba a gran altura, seis o siete mil metros, cosa nada difícil dadas las características especiales del aparato. Un bimotor de ese tamaño resulta invisible desde el suelo, a semejante altura, máxime cuando nadie se lo espera. A unos siete mil metros, más o menos, Mutmid paraba los motores y se acercaba planeando a la vertical de Riverdale. Descendía cosa de dos mil metros y entonces largaba su macabra carga. Luego escapaba y…

—¿Con los motores parados? —se extrañó Barton.

—Posiblemente, los paraba a unos diez kilómetros de la vertical de la ciudad, lo que le permitía acercarse sin ser advertido. Una vez consumado el «bombardeo», seguía planeando por espacio de diez o doce kilómetros más. Bajaba a cuatro mil metros, seguramente, pero a esa distancia y a tal altitud, resultaba invisible e inaudible. Y ya sólo le quedaba regresar a Maldon Field, en donde guardaba el aeroplano.

—Todo eso parece perfectamente lógico, pero ¿por qué lo hacían?

—Resultaría muy interesante investigar las cuentas privadas de Khiver. Hay en Riverdale tres Bancos…, y probablemente, no será el único sitio donde tenga guardado su dinero. Pero, además, ¿sabemos siquiera si Khiver es su nombre auténtico?

—Estoy esperando el informe del FBI sobre sus huellas dactilares —dijo Barton.

—¿Las huellas de Khiver o las del individuo que murió en su lugar?

Barton lanzó una maldición.

—A él no he podido tomárselas —admitió de mal humor—. Pero ahora ya sabemos lo que le pasó a su criado Mutmid. Tengo un buen pretexto para interrogarle a fondo.

—Te acompañaré, si no tienes inconveniente.

—Ninguno, Cad. Así, pues, Mutmid iba a repostar el avión…

—Claro, había hecho un vuelo de «Bombardeo». Aquel vehículo todo terreno le servía, además, para remolcar el avión, tanto en el momento de entrarlo como para sacarlo del cobertizo.

—Me pregunto quién será el próximo descuartizado —rezongó Barton.

—Eso puedes preguntárselo mejor al propio Khiver, Ray.

Barton se puso en pie.

—Tienes razón —convino—. Lo haré ahora mismo.

—Si no te importa, antes me gustaría pasar por el hotel, para ver si ha vuelto Helen Ross.

—De acuerdo, Cad.

Edna aguardaba en el antedespacho. Al ver a los dos hombres, se puso en pie.

—Vamos a ver a Khiver, aunque antes pasaremos por el hotel —dijo Charmus.

—Por lo menos, hasta el hotel, iré con ustedes —manifestó la muchacha.

Barton hizo un gesto de asentimiento. Luego, los tres salieron del edificio de Jefatura y subieron en el coche del propio Charmus.

Momentos más tarde, llegaban al hotel. Atardecía ya.

En conserjería les dijeron no haber visto aún a Helen Ross. Charmus empezó a sentirse preocupado por su amiga, sobre todo, después de saber muerto a su segundo esposo.

—Vamos a la *suite* —propuso—. Quiero ver si ha dejado alguna nota o alguna pista sobre el lugar a que ha podido ser conducida.

—¿Sugieres la idea de un secuestro?

—Sugiero lo peor, Ray, si he de ser sincero —contestó Charmus con sombrío acento.

El ascensor les llevó hasta el tercer piso. Charmus en persona abrió la puerta de la habitación.

—¡Helen! —gritó, desde el umbral.

—¿Está ahí? —preguntó Edna.

Barton miró por encima del hombro de su amigo y vio a Helen Ross sentada en un butacón, mirándoles inexpresivamente. Charmus se percató de que la mujer vestía aquella rara túnica con que la había visto el primer día de su encuentro.

Las mangas tapaban incluso las manos, así como el borde inferior ocultaba hasta los pies. Sólo la cabeza quedaba al descubierto.

Charmus avanzó con paso rápido hacia ella.

—Helen, ¿por qué no contestas? —exclamó—. ¿Te sucede algo?

Ella seguía silenciosa. Edna advirtió la mortal palidez de su rostro y presintió lo peor.

—¡Ha muerto, Cad! —chilló.

Charmus tocó a Helen en un hombro. Entonces ocurrió algo espantoso.

El cuerpo de la mujer se desmoronó. La cabeza se desprendió de sus hombros. Las manos cayeron al suelo, mezcladas con trozos de sus brazos. Fragmentos de sus piernas se mezclaron con los otros trozos, en un horrible amontonamiento de carne despedazada.

El tronco, sin cabeza, sin brazos y sin piernas, envuelto en la túnica, fue lo último en rodar por el suelo. Los ojos de Helen les dirigieron una vidriosa mirada, como una súplica impotente para algo que ya no podría conseguir: la vida.

* * *

Ray Barton salió del edificio y miró a su amigo con rostro ceñudo.

—No están —dijo—. Seguramente, después de matar a Helen y a su futuro marido, escaparon.

—Con un buen botín, además —añadió Edna.

—Eso se da por descontado. Yo diría que huyeron hacia la frontera, pero daré una alarma general, para que vigilen todos los caminos, estaciones de ferrocarril y autobuses, puertos y aeropuertos. No podemos permitir que dos sádicos asesinos huyan del país.

Charmus asintió. Luego agarró a Edna por un brazo.

—Será mejor que nos volvamos a casa —dijo.

Barton se marchó con sus agentes. Charmus y Edna volvieron a su coche.

Pero el joven, una vez se hubo acomodado tras el volante, permaneció inmóvil. Edna observó su actitud pensativa.

—¿Por qué no arrancas, Cad? —preguntó.

—No sé —dijo él—. Tengo la sensación de que Khiver no ha escapado. Está ahí, escondido…

—Cad, a los policías sólo les ha faltado buscar en los cimientos del edificio —alegó la muchacha.

Charmus volvió los ojos hacia la casa de forma cúbica. Calló unos instantes y luego dijo:

—Hay un sitio en donde nadie ha mirado, porque, seguramente, a nadie se le ha ocurrido que Khiver y su acólito podían estar allí.

—¿Cuál es ese sitio, Cad?

Por toda respuesta, Charmus dio media vuelta a la llave de contacto. Instantes después, el coche se despegaba de la acera.

—Te llevo a casa —dijo él.

Edna no protestó. Un cuarto de hora más tarde, se separaban.

—Vendré mañana a buscarte —propuso Charmus—. Tenemos que hablar de nuestro futuro.

—Es un tema muy interesante —sonrió ella, aceptando sin remilgos el beso que le daba el joven—. Procura estar a la hora del desayuno.

Edna se apeó y quedó en la acera, agitó la mano y luego entró en el hotel.

Charmus emprendió el regreso, pero no volvió al Sun Hotel, sino que se dirigió nuevamente a la casa de Khiver. No obstante, por precaución, detuvo el vehículo a prudente distancia.

Después de apearse, caminó cosa de un centenar de metros. Alcanzó el jardín y salvó la valla de la parte posterior. Luego, pegado a la pared del edificio, caminó hacia la puerta.

Estaba abierta, lo comprobó, empujando ligeramente. Escuchó unos momentos.

Dentro del edificio no se percibía el menor sonido.

Silenciosamente, entró y cerró a continuación, quedándose pegado al muro, junto a la puerta. Todo estaba en tinieblas; eran tan espesas, que a veces le daba la sensación de que podía tocarlas con la mano.

Esperó pacientemente. El revólver que le había prestado Barton, cargado de nuevo, estaba en su mano derecha. Charmus se sentía dispuesto a utilizarlo a la menor señal de peligro.

El tiempo transcurrió con lentitud. Charmus presentía que Khiver seguía dentro de la casa. Tenía un escondite secreto, estaba seguro de ello.

De súbito, un chorro de luz blanca, como una columna de fulgor solidificado, descendió del techo al suelo, en el centro de la gran sala. Charmus levantó el revólver.

Se oyó una ruidosa carcajada.

—Está ahí, Charmus —dijo Khiver—. Le veo perfectamente, aunque usted no puede verme a mí. También veo el revólver que tiene en la mano y que yo puedo hacer que dispare en el momento que yo quiera y contra el blanco que desee. ¿No me cree? ¿Piensa que lo que digo es una baladronada? Le demostraré que lo que digo es cierto. ¡Ahora mismo se va a pegar usted un tiro en la sien!

Una fuerza irresistible, independiente por completo de su voluntad, hizo que el brazo de Charmus se levantase. El joven intentó oponerse, pero todo fue en vano.

El revólver se acercó a su sien. Con la frente bañada en sudor, Charmus percibió claramente el chasquido del percutor al ser amartillado por su propio dedo pulgar.

La fría boca del arma tocó la piel de la sien de Charmus. De repente, se oyó una estentórea

carcajada.

—¡Baje la mano, Charmus! No quiero que muera tan rápidamente y, sobre todo, de una forma tan vulgar. Le destino otro género de muerte más divertido, para mí, claro, si bien considero que para usted resultará bastante más doloroso que un simple tiro en la cabeza.

El joven sintió que desaparecía la opresión de su mente.

—¿Me descuartizará, como a los otros? —preguntó.

—Exactamente —corroboró el invisible Khiver.

—Y luego «bombardeará» Riverdale con mis restos.

—Es lo que he hecho siempre. Lanzarlos al aire…

—No diga falsedades. Encontré el avión desde el cual arrojaba los cadáveres despedazados. ¿Sabe que Mutmid murió abrasado?

—Ah, conque fue usted. Abdul me habló del accidente.

—Y usted temió una investigación de la policía y se escondió.

—Cualquiera, en mi lugar, hubiera hecho lo mismo, ¿no cree?

—Khiver, me decepciona usted. ¿Dónde están esos fantásticos poderes de los que tanto alardea? ¿Es que no se sintió con fuerzas para rechazar a unos cuantos policías, simples mortales, a los que un soplo de su aliento habría podido barrer fácilmente?

—A veces, también conviene ser prudente, Charmus. Pero ahora acabaré con usted, que es el más listo de todos.

—Y luego se irá de Riverdale a disfrutar de su botín, porque no irá a decirme que todo el dinero que ha ido sacando a los incautos que escuchaban sus doctrinas será empleado en propagar las bondades y virtudes del Señor de la Inteligencia.

—Este mundo tiene muchas cosas buenas por disfrutar y sin dinero no se puede hacer, Charmus. Le pareceré un cínico, pero no puedo remediarlo. A fin de cuentas, ese dinero es la recompensa adecuada por el justo empleo de mi inteligencia.

—Conque usted era el que despreciaba la materialidad de las cosas. Me decepciona, Khiver.

—Su decepción durará muy poco, Charmus.

—¿Cuánto?

—Lo que dure su ya cortísima vida.

CAPÍTULO XV

Hubo de repente un vivísimo chispazo y surgió una colosal nube de humo, que un aspirador empezó a llevarse. Al disiparse el humo, apareció Khiver, en el centro de la sala.

—A los policías no se les ocurrió mirar en la cúpula —dijo Charmus—. Le gusta emplear el magnesio, ¿eh?

—En ocasiones, es conveniente —sonrió el individuo.

—Arriba, en la cúpula, está también Abdul. ¿Ha recogido bien la cuerda con la que se ha descolgado usted?

—Dejemos a Abdul, Charmus. ¿Se ha preguntado siquiera qué es la que pienso hacerle?

—Ya lo dijo antes…

—Pero no le expliqué el procedimiento.

—Bueno, me imagino que usará herramientas de alguna clase. ¿Cómo llevó a Helen hasta el hotel?

—Hay una puerta de servicio y un montacargas para la ropa sucia.

—Abdul se encargaría de llevarla y del «montaje» posterior, ¿no?

—No. Lo hice yo en persona. Hay cosas que no delego jamás en otros. Abdul es sólo un simple colaborador.

—El cómplice de un asesino. ¿La descuartizó aquí?

—Se descuartizó ella, Charmus, por muy difícil que a usted le resulte de creer. Pero lo creerá cuando usted mismo se haga pedazos.

—Ah, vamos, yo mismo me arrancaré los brazos y las piernas…, pero ¿quién, me arrancará la cabeza?

—¡Mis poderes, que son infinitos, incrédulo! —tronó Khiver.

—No me haga reír. Usted es un buen hipnotizador, un hombre con una gran capacidad de sugestión, pero ello no es suficiente para que una persona se haga pedazos a sí misma.

—Pronto tendrá ocasión de comprobarlo, se lo aseguro. ¿O es que ya no recuerda la marca que lleva al cuello?

Charmus se tocó la garganta con la mano izquierda.

—Usted me hizo el tatuaje —acusó.

—No, es una simple consecuencia de la pesadilla que yo causé en su mente. Si ahora le dejase salir, le diría que llevará la marca mientras viva, pero, desgraciadamente, vivirá muy poco. Minutos tan sólo, se lo aseguro.

—Me hace reír, Khiver. Sin embargo, antes de que haga lo que dice, me gustaría saber por qué lanzaba al espacio los cuerpos despedazados de sus víctimas —dijo Charmus.

—Se lo diré sinceramente. Algunos de… mis discípulos, se resistían a entregarme los donativos que yo les solicitaba. Simplemente, les hacía ver la conveniencia de seguir enteros y no desparramados por el aire, como consecuencia de las aplicaciones de mi poderosa voluntad.

—Y así, claro, pagaban por evitar el despedazamiento.

—Exactamente.

—Por lo visto, Shireen no quiso pagar.

—Se iba a llevar a mi principal «contribuyente» —respondió Khiver con cinismo sin límites.

—Pero ¿cómo? ¿Y su voluntad? ¿No era suficiente para apartar a Helen de su futuro esposo?

—Oh, amigo mío, el amor es algo superior a todo y ya no podía continuar teniendo a Helen como discípula. Shireen había ganado.

—Con lo que usted perdía una sustanciosa fuente de beneficios, ¿no es así?

Khiver soltó una risita.

—Debo admitirlo, amigo mío. Y no me importa confesárselo, porque, a decir verdad, usted no podrá repetirlo a nadie —contestó.

—Lastimoso —dijo Charmus, sin inmutarse—. Oiga, ¿es cierto que Khaziz era su competidor?

—Intentaba serlo. Le demostré que yo era el más poderoso de los dos.

—Sin embargo, hipnotizó a Helen Ross.

—En ese aspecto, era también muy bueno. Pero respecto de otros poderes psíquicos, no tenía nada que hacer comparado conmigo.

—Sí, ya veo. Oiga, hay algo que no he logrado entender bien del todo. Me refiero a Macoby…, el que llevaba la máscara con sus facciones. ¿Lo había hipnotizado usted para que se presentase en su sitio, en el despacho del jefe de policía?

—Sí, claro.

—Pero, no comprendo…

Khiver volvió a reír.

—¿De veras no comprende lo que está tan claro como la luz del día? Macoby tenía que morir a manos de Dunn. Era preciso hacer creer a todos que yo había sido asesinado, aunque sólo fuese por unos instantes. El elemento de confusión, Charmus.

—Yo diría más bien que Macoby y Dunn eran dos de sus compinches, a los cuales pensó en suprimir porque le estorbaban. Demasiada gente para repartir el botín, Khiver.

—Es usted muy penetrante, amigo mío. Lástima que tenga que hacerlo desaparecer, aunque, a decir verdad, no lo siento en absoluto. Usted me ha dado ya demasiados quebraderos de cabeza.

—Khiver, es usted un sádico. Mi vida no le importa en absoluto, salvo en lo que se refiere a verme despedazado.

—Por sus propias manos, no lo olvide.

—¿De veras?

—Sí, Charmus, le ordeno que tire el revólver.

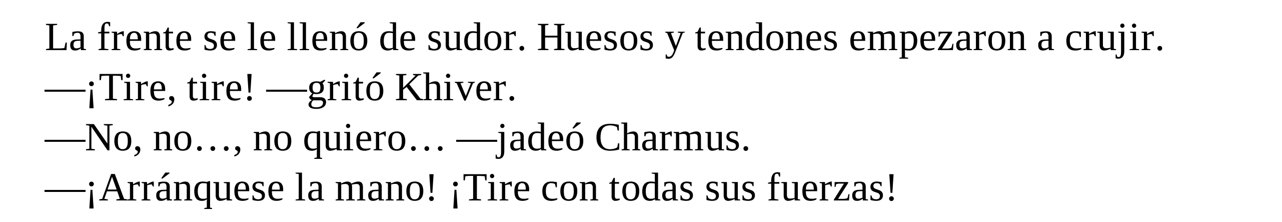
* * *

Hubo un momento de silencio. Charmus intentó resistirse, pero, una fuerza infinitamente superior le obligó a acatar la orden.

El revólver cayó al suelo.

—Ahora, arránquese la mano izquierda. Usted desarrollará la fuerza suficiente para separar la mano del brazo —dijo Khiver, con voz que parecía surgir de las profundidades de la tierra.

Charmus se agarró la mano izquierda con la otra mano y tiró. Un vivísimo dolor se hizo patente en el acto en su muñeca.



La frente se le llenó de sudor. Huesos y tendones empezaron a crujir.

—¡Tire, tire! —gritó Khiver.

—No, no…, no quiero… —jadeó Charmus.

—¡Arránquese la mano! ¡Tire con todas sus fuerzas!

Charmus pensó que se iba a desmayar de dolor. Vaciló y se tambaleó, sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor.

Khiver estaba delante de él, envuelto en fuego. O, al menos, así se lo parecía.

Los ojos del sujeto brillaban demoníacamente. Charmus creía estar ante dos poderosos reflectores que despedían una luz infernal.

Súbitamente, se oyó arriba un agudo chillido.

Khiver levantó la cabeza. Algo cayó de lo alto.

Un bulto revoloteante chocó contra Khiver, derribándolo por tierra. Se oyeron varios crujidos espantosos y luego, el cuerpo de Khiver, roto en numerosos pedazos, quedó esparcido por el suelo.

Empapado de un líquido rojo, chorreando sangre por todos los sitios, Abdul, aturdido, se puso en pie. Vio el cadáver despedazado de su amo y lanzó una histérica carcajada.

—¡Se ha roto, él también se ha roto! —gritó, enloquecido.

La voz de Edna sonó en el techo de la sala:

—¡Cad! ¿Estás bien?

Charmus volvió la vista a un lado. Abdul continuaba con sus carcajadas demenciales.

—¡Se ha roto, se ha roto! —repetía una y otra vez.

De pronto, agarró los miembros destrozados de Khiver y empezó a lanzarlos a lo alto, como si jugase. Edna lanzó un chillido:

—¡Sal, sal por la puerta, Cad!

Abdul estaba jugando ahora con la cabeza de Khiver, lanzándola al aire una y otra vez, como si fuese una pelota. Charmus se sintió a punto de vomitar y corrió en busca del aire puro del exterior.

* * *

—Nunca comprenderemos por qué Khiver se rompió en pedazos —dijo Charmus más tarde, al quedarse a solas con la muchacha—. Hay poderes en la mente de los humanos que resultan incomprensibles para los conocimientos actuales. Pero si a ti no se te hubiera ocurrido subir por la cúpula…

—Te vi mirar hacia ella, cuando nos volvíamos, después del registro de la policía —explicó la muchacha—. Sospeché que volverías allí y yo también volví, con mi escala de cuerda.

—Llegaste muy oportunamente, en efecto —dijo.

—Había una trampilla que daba al tejado. Me asomé y vi a Abdul mirando hacia abajo.

Arriba, en la cúpula, están todos los elementos con los que Khiver practicaba sus trucos de magia.

—Algunos no eran trucos de magia, querida. Simplemente, eran efectos causados por el poder de su mente, cosa que no podemos discutir siquiera.

—Eso sí es cierto. Su mente era muy poderosa, aunque también, en determinadas

circunstancias, era prudente, como cuando se escondió, porque sabía que no podría sugestionar a una docena de policías. Pero a ti sí te hipnotizó, eso no lo puedes negar, Cad.

Charmus se frotó la muñeca izquierda, todavía dolorida.

—Me hubiera arrancado la mano —gruñó.

De pronto, sintió calor y se aflojó la corbata y el cuello de la camisa. Edna lanzó un grito:

—¡Cad! ¡La marca! ¡Ha desaparecido!

Charmus miró a la joven un instante. Luego corrió al espejo del baño.

Creyó que soñaba. La señal de la soga había desaparecido y la piel de su cuello estaba limpia y suave, como siempre lo había estado.

—Era hipnotismo —dijo, al volver junto a ella.

Edna meneó la cabeza.

—Era algo más, querido —aseguró—. Yo no estuve jamás sugestionada por Khiver y veía esa marca con toda claridad, como la veía también tu amigo Barton. Pero son cosas que no tienen explicación posible, porque lo sobrenatural no se puede explicar por medio de la razón.

—Sin embargo, yo me sentí liberado de la prohibición de volver a Riverdale cuando murió el falso Khiver…

—El auténtico Khiver había planeado lo que iba a suceder y tenía el tiempo medido, con bastante aproximación. En ese momento, dejó de influenciarte para que creyeras que, al morir Macoby, te sentías libre de quedarte en la ciudad. Y él, con sus dos compinches, se había encerrado en su casa, detrás del frigorífico, a fin de culpar a Macoby de todo lo sucedido.

—Las cosas le hubieran salido bien, de no ser porque Helen me indicó el lugar donde estaban los documentos exculpatorios de tu hermano y encontramos el avión en Maldon Fields. Pero, no cabe duda, el auténtico Khiver poseía una mente excepcional.

—Aplicada al mal —murmuró Edna.

Charmus la atrajo hacia sí.

—Tenemos que empezar a olvidar, querida —dijo.

—Sí, Cad. Aunque nos costará mucho…

—Disponemos de toda una vida. Hay tiempo de sobra. —Edna sonrió dulcemente.

—Sí, el tiempo sobra…, pero no conviene desperdiciarlo —aconsejó.

Charmus la besó. No hacerlo en aquellos instantes, hubiera significado perder el tiempo.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.